

menos o penitentes) data del siglo VI como expresión con sentido preciso e igual al de hoy. De las usuales despedidas que se hacían en los oficios divinos solemnes de las basílicas cristianas pasó a designar primero toda solemnidad religiosa, aunque preferentemente la celebración de la Misa; pero a partir del siglo VI su uso se reservó poco a poco para la celebración de la Eucaristía.

Véase Fr. Dölger, "Die Zeremonien der Messliturgie", en *Antike und Christentum*, vol. II, 1940, 81-132.

IV. Método

A fin de que se vea claramente la conexión entre la Eucaristía como sacrificio-convite y como convite-sacrificial, y así, desde un principio, quede bien establecido el orden de preferencia, se tratará en esta exposición primero del sacramento sacrificial eucarístico, y se expondrá después el convite eucarístico, según la mente de Santo Tomás, como forma del convite sacrificial y la sunción como complemento y efecto (Vonier).

Al explicar el sacramento sacrificial eucarístico no se debe perder jamás de vista que la Eucaristía es un convite sacrificial; tampoco se olvidará, al tratar del convite sacrificial, que es un sacrificio-convite.

El estudio del sacramento del sacrificio eucarístico comprende el de su existencia, de su relación para con el sacrificio de Cristo en la cruz y para con la Iglesia como cuerpo de Cristo. Por ser la Eucaristía un sacrificio sacramental, se estudiará en particular su sacramentalidad. Aquí corresponde el estudio del signo externo, del sacramento interno (carne y sangre de Cristo), de la relación del sacramento externo y del interno y de su causalidad salvífica.

§ 246

La existencia del sacramento del sacrificio eucarístico

I. Doctrina de la Iglesia

En la Eucaristia se ofrece a Dios un sacrificio real y verdadero (Dogma de fe). El Concilio de Trento ha defendido la realidad eucarística contra los reformadores. Naturalmente, puso en ello de

relieve especialmente aquellos puntos que eran negados o desfigurados por los reformadores. Así la doctrina del sacrificio de la Misa. Los reformadores veían en el sacrificio de la Misa una invención papal. Creían que por medio de esta "obra humana" se disminuía la mediación de Cristo y la gloria que sólo corresponde a Dios. El Concilio expuso con claridad la doctrina del sacrificio de la Misa.

"A fin de que la antigua, absoluta y de todo punto perfecta fe y doctrina acerca del gran misterio de la Eucaristía se mantenga en la santa Iglesia Católica, y, rechazados los errores y herejías, se conserve en su pureza; enseñado por la ilustración del Espíritu Santo, enseña, declara y manda el sacrosanto Concilio de Trento que sea predicado a los pueblos acerca de aquélla, en cuanto es verdadero y singular sacrificio, lo que sigue:

Como quiera que en el primer *Testamento*, según testimonio del Apóstol Pablo, a causa de la impotencia del sacrificio levítico no se daba la consumación, fué necesario, por disponerlo así Dios, Padre de las misericordias, que surgiera otro sacerdote según el orden de Melquisedec (*Gen.* 14, 18; *Sal.* 109; *Hebr.* 7, 11), nuestro Señor Jesucristo, que pudiera consumir y llevar a perfección a todos los que habían de ser santificados (*Hebr.* 10, 14). Así pues, el Dios y Señor nuestro, aunque había de ofrecerse una sola vez a sí mismo a Dios Padre en el altar de la cruz, con la interposición de la muerte, a fin de realizar para ellos la eterna redención; como, sin embargo, no había de extinguirse su sacerdocio por la muerte (*Hebr.* 7, 24 y 27), en la última Cena, la noche que era entregado, para dejar a su esposa amada, la Iglesia, un sacrificio visible, como exige la naturaleza de los hombres, por el que se representara aquel suyo sangriento, que había una sola vez de consumarse en la cruz, y su memoria permaneciera hasta el fin de los siglos, y su eficacia saludable se aplicara para la remisión de los pecados que diariamente cometemos, declarándose a sí mismo constituido para siempre sacerdote según el orden de Melquisedec, ofreció a Dios Padre su cuerpo y su sangre bajo las especies de pan y de vino, y bajo los símbolos de esas mismas cosas los entregó, para que las tomaran, a sus Apóstoles, a quienes entonces constituía sacerdotes del Nuevo Testamento, y a ellos y a sus sucesores en el sacerdocio les mandó con estas palabras: "Haced esto en memoria mía", etcétera. (*Lc.* 22, 19; *I Cor.* 11, 24) que los ofrecieran. Así lo entendió y enseñó siempre la Iglesia. Porque celebrada la antigua Pascua, que la muchedumbre de los hijos de Israel inmolaba en memoria de la salida de Egipto, instituyó una Pascua nueva, que era El mismo, que había de ser inmolado por la Iglesia por ministerio de los sacerdotes bajo signos visibles, en memoria de su tránsito de este mundo al Padre, cuando nos redimió por el derramamiento de su sangre y nos arrancó del poder de las tinieblas y nos trasladó a su reino (*Col.* 1, 13). Y esta es ciertamente aquella *oblación* pura, que no puede mancharse por indignidad o malicia alguna de los oferentes, que el Señor predijo por Malaquías (1, 11) había de ofrecerse en todo lugar, pura, a su nombre, que había de ser grande entre las naciones y a la que no oscuramente alude el Apóstol Pedro escribiendo a los corintios, cuando dice que no es posible que aquellos que están manchados por la participación en la mesa de los demonios entren a la parte

en la mesa del Señor (*I Cor.* 10, 21), entendiendo en ambos casos por mesa el altar. Esta es, en fin, aquella que estaba figurada por las varias semejanzas de los sacrificios en el tiempo de la naturaleza y de la ley; pues abraza los bienes todos por aquéllos significados, como la consumación y perfección de todos" (Sesión XXII, cap. 1; D. 938-39). Los cánones 1 y 2 afirman: "Si alguno dijere que en el sacrificio de la Misa no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio o que el ofrecerlo no es otra cosa que dársenos a comer Cristo, sea anatema." "Si alguno dijere que con las palabras "Haced esto en memoria mía" (*Lc.* 22, 19; *I Cor.* 11, 24) Cristo no instituyó sacerdotes a sus Apóstoles, o que no les ordenó que ellos y los sacerdotes ofrecieran su cuerpo y su sangre, sea anatema" (D. 948-49).

Con sus explicaciones, el Concilio ha dado forma definitiva, en cierto sentido, a la fe eucarística desarrollada a lo largo de los siglos. La riqueza y plenitud de esta fe se ha manifestado en la confesión conciliar, que es a la vez su clara formulación.

Sin embargo, si queremos entender bien el sentido de la definición conciliar, debemos tener a la vista su desarrollo. Este recorrido histórico arranca, como es natural, de la Sagrada Escritura. El análisis del testimonio escriturístico no significa algo así como una garantía o apoyo de la definición conciliar; ésta se basta a sí misma y tiene en sí la seguridad para los fieles; por tanto, ni necesita una garantía ni es capaz de ella, sino sólo de un esclarecimiento.

El Concilio invoca en su favor el A y el NT.

II. *Antiguo Testamento*

El Concilio se refiere, en primer lugar, a las *prefiguraciones* y *profecías* *viejotestamentarias*. Con razón todo el AT era una prefiguración de la Nueva Alianza. Así como la Antigua Alianza tuvo su cumplimiento y consumación (y con ello también su fin) en el NT, del mismo modo el sacrificio viejotestamentario encontró su cumplimiento en el sacrificio de la Nueva Alianza.

Esta simbólica presupone que Cristo es el *verdadero Cordero del sacrificio*. Es el cordero donado por el mismo Dios al hombre; cordero que con su sacrificio consigue lo que se representaba en el sacrificio de los corderos viejotestamentarios, pero que éstos eran incapaces de obtener: el borrar los pecados del mundo en su sacrificio.

A la base de la denominación de Cristo como verdadero Cordero de Dios están aquellas costumbres del mito por las que se sa-

crificaba un carnero. Por cordero del sacrificio hay que entender un joven carnero, que representa la jamás agotada virtud de la naturaleza. Por ser ésta hechura de Dios, le pertenece. Los hombres reconocen esto al ofrecer a Dios la misma naturaleza, en el sacrificio, representada en forma de un carnero.

De Cristo se atestigua que en El se compendia el sentido de todo lo que los hombres querían expresar con el sacrificio del carnero. Al entregarse a Dios, se ofrece y devuelve a Dios la misma naturaleza. Esta entrega humana a Dios en la figura del carnero arranca de los sacrificios viejotestamentarios. Es en Cristo cuando logra por vez primera su finalidad.

Este contexto enseña que Cristo realizó en su muerte de Cruz lo que expresaba el sacrificio del cordero viejotestamentario. El cordero viejotestamentario, sobre todo el inmolado en memoria de la liberación de Egipto, es anticipación del sacrificio de la Cruz y de la Eucaristía que actualiza el sacrificio de la Cruz.

Santo Tomás de Aquino llama al *Cordero pascual* figura principal de la Eucaristía (*Suma Teológica* III, 73, 6). Según él, éste era convite-sacrificio, banquete de rememoración y de alianza (convite comunitario). Como convite sacrificial tiene su cumplimiento en la Eucaristía, ya que aquí se ofrece el mismo Cristo y entrega su propia sangre por los pecados del mundo bajo las apariencias del vino, en lugar de inmolar animales irracionales. Como banquete de rememoración tiene también su cumplimiento, pues en vez del simple recuerdo de la acción liberadora de Dios, es el mismo Cristo quien se da a la Iglesia en una presencia real con su obra salvífica. Como convite comunitario, ya que son el cuerpo y la sangre del sacrificio los que fundamentan y garantizan la nueva alianza entre Dios y el hombre y deben unir a todos los hombres entre sí.

Son tenidas también como figuras de la Eucaristía el *maná* y la oblación de *Melquisedec* (la última es considerada como figura de la Eucaristía desde San Cipriano). Según el *Génesis* (14, 17-20), después que volvió Abraham de derrotar a Codarlaomar y a los reyes que con él estaban, salióle al encuentro el rey de Sodoma en el valle del Save. Melquisedec, rey de Salem, sacando pan y vino, como era sacerdote del Dios Altísimo, bendijo a Abraham diciendo: "Bendito Abraham del Dios Altísimo, el dueño de cielos y tierra. Y bendito el Dios Altísimo, que ha puesto a tus enemigos en tus manos." Y le dió Abraham el diezmo de todo. Según la *Epístola a los Hebreos* (6, 20-7, 17), Melquisedec fué una prefiguración de

Cristo. Es semejante al Hijo de Dios, como se dice en 7, 3, porque aparece sin padre, sin madre, sin genealogía, sin principio de sus días ni fin de su vida. En cierto sentido es representante de aquella religión natural, que fundó el mismo Dios después del diluvio universal. Melquisedec ofrece también los dones de la naturaleza. Al bendecir a Abraham, se muestra, como dice la *Epístola a los Hebreos*, superior a Abraham, pero a la vez reconoce a Abraham como portador de las promesas, esto es: del futuro. Abraham es superior a Melquisedec con respecto al desarrollo histórico soteriológico. Pero lo que representa Melquisedec está a disposición de los portadores del desarrollo histórico-soteriológico, como se ve en el sacrificio de Melquisedec. Llega a su plenitud y perfección por medio de un retoño del linaje de Abraham, por Jesucristo, que toma de nuevo pan y vino, que Melquisedec ofreció a Dios para Abraham, y lo convierte en medio y manifestación de su propia entrega al Padre celestial. El profeta *Malaquías* profetiza un tiempo—el Concilio alude a él—en que Dios, que ya no tiene complacencia alguna en los sacrificios de los judíos, recibe el sacrificio y oblación pura de entre las gentes y en todo lugar. Si esta profecía no tiene su cumplimiento en el sacrificio de la Misa, es que no se ha cumplido nunca (*Mal.* 1, 11).

III. *Los relatos neotestamentarios de la institución*

La Iglesia concluye de una manera decisiva la existencia y el sentido del sacrificio eucarístico de lo que hizo Cristo en la *última Cena* en la noche que fué entregado. Cree que en la celebración eucarística repite lo mismo que hizo el Señor y que lo hace por mandato suyo. Está convencida que celebra la muerte del Señor en los símbolos litúrgicos y la memoria de su amor, que se encarnó en la muerte. Celebra el recuerdo de su sacrificio no en una simple rememoración, sino en una actualización real. Para la inteligencia de la fe eclesiástica es muy importante entender la Cena en su realidad histórica y en su simbolismo interno.

Para ello disponemos de cuatro relatos, cuyos *textos* reproducimos literalmente a continuación.

1. *El texto*

Mt. 26, 17-30: "El día primero de los Acimos se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron: "¿Dónde quieres que preparemos para comer la Pascua?" El les dijo: "Id a la ciudad, a casa de Fulano, y decidle: El Maestro dice: "Mi tiempo está próximo; quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos." Y los discípulos hicieron como Jesús les ordenó y prepararon la Pascua. Llegada la tarde se puso a la mesa con los doce discípulos y mientras comían dijo: "En verdad os digo que uno de vosotros me entregará." Muy entristecidos, comenzaron a decirle cada uno: "Señor, ¿acaso soy yo?" El respondió: "El que conmigo mete la mano en el plato, ése me entregará. El Hijo del hombre sigue su camino como de El está escrito, pero ¡desdichado de aquel por quien el Hijo del hombre será entregado!; mejor le fuera a ése no haber nacido." Tomó la palabra Judas, el que iba a entregarle. Y dijo: "¿Soy acaso yo, Rabbi?" Y El respondió: "Tú lo has dicho." *Mientras comían Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y dándoselo a los discípulos dijo: "Tomad y comed, este es mi cuerpo." Y tomando un cáliz y dando gracias, se lo dió, diciendo: "Bebed de él todos, que ésta es mi sangre, del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados. Yo os digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros en el reino de mi Padre." y dichos los himnos, salieron camino del monte de los Olivos.*"

Mc. 14, 12-26: "El primer día de los Acimos, cuando se sacrificaba la Pascua, dijéronle los discípulos: "¿Dónde quieres que vayamos para que preparemos la Pascua y la comas?" Envió a dos de sus discípulos y les dijo: "Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre con un cántaro de agua; seguidle, y donde él entrare decid al dueño: "El Maestro dice: ¿Dónde está mi departamento en que pueda comer la Pascua con mis discípulos?" El os mostrará una sala alta, grande, alfombrada, pronta. Allí haréis los preparativos para nosotros." Sus discípulos se fueron y vinieron a la ciudad y hallaron como les había dicho y prepararon la Pascua. Llegada la tarde vino con los doce y, recostados y comiendo, dijo Jesús: "En verdad os digo que uno de vosotros me entregará; uno que come conmigo." Comenzaron a entristecerse y a decirle uno en pos de otro: "¿Soy yo?" El les dijo: "Uno de los doce, el que moja conmigo en el plato, pues el Hijo del hombre sigue su camino, según de El está escrito; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado! Mejor le fuera a ese hombre no haber nacido." *Mientras comían tomó pan y, bendiciéndolo, lo partió, se lo dió y dijo: "Tomad, éste es mi cuerpo." Tomando el cáliz, después de dar gracias, se lo entregó y bebieron de él todos. Y les dijo: "Esta es mi sangre de la alianza que es derramada por muchos. En verdad os digo que ya no beberé del fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios." Dichos los himnos, salieron para el monte de los Olivos.*"

Lc. 22, 7-23: "Llegó, pues, el día de los Acimos, en que habían de sacrificar la Pascua, y envió a Pedro y a Juan, diciendo: "Id y preparadnos la Pascua para que la comamos." Ellos le dijeron: "¿Dónde quieres que la preparemos?" Díjoles El: "En entrando en la ciudad os saldrá al encuentro un hombre con un cántaro; seguidle hasta la casa en que entre

y decid al amo de la casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está la sala en que he de comer la Pascua con mis discípulos? El os mostrará una sala grande, aderezada; preparad allí." E idos, encontraron al que les había dicho y prepararon la Pascua. Cuando llegó la hora se puso a la mesa y los Apóstoles con El. Y díjoles: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer, porque os digo que no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de Dios." Tomando el cáliz dió gracias y dijo: "Tomadlo y distribuidlo entre vosotros, porque os digo que desde ahora no beberé del fruto de la vid hasta que llegue el reino de Dios." Tomando el pan, dió gracias, lo partió y se lo dió, diciendo: "Este es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía." Asimismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros. Mirad, la mano del que me entrega está conmigo a la mesa. Porque el Hijo del hombre va su camino, según está decretado, pero ¡ay de aquel por quien será entregado!" Ellos comenzaron a preguntarse unos a otros sobre quién de ellos sería el que había de hacer esto."

I Cor. 11, 17-34: "Y al recomendaros esto no puedo alabar que vuestras reuniones sean no para bien, sino para daño vuestro. Pues primeramente oigo que al reuniros hay entre vosotros cismas y en parte lo creo, pues es preciso que entre vosotros haya disensiones, a fin de que se destaquen los de probada virtud entre vosotros. Y cuando os reunís no es para comer la cena del Señor, porque cada uno se adelanta a tomar su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro está ebrio. Pero ¿es que no tenéis casa para comer y beber? ¿O en tan poco tenéis a la Iglesia de Dios y así avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a deciros? ¿Os alabaré? En esto no puedo alabaros. Porque yo he recibido del Señor lo que os he transmitido, que el Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan y después de dar gracias lo partió y dijo: "Este es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía." Y asimismo, después de cenar tomó el cáliz, diciendo: "Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía. Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que El venga." Así, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz; pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor se come y bebe su propia condenación. Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles y muchos dormidos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos no seríamos condenados. Mas juzgados por el Señor, somos corregidos para no ser condenados con el mundo. En resumen, hermanos míos, que cuando os juntéis para comer os esperéis unos a otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, que no os reunáis para vuestra condenación. Lo demás lo dispondré cuando vaya."

Otro testimonio del Apóstol Pablo en la primera epístola a los corintios forma parte de los relatos de la institución. Por ser importante para la comprensión de los relatos acerca de la institución, lo transcribimos aquí: "Por lo cual, amados míos, huíd la idolatría. Os hablo como a discretos. Sed vosotros jueces de lo que os digo: el cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese úni-

co pan. Mirad al Israel carnal. ¿No participan del altar los que comen de las víctimas? ¿Qué digo, pues? ¿Que las carnes sacrificadas a los ídolos son algo o que los ídolos son algo? Antes bien, digo que lo que sacrifican los gentiles, a los demonios y no a Dios lo sacrifican. Y no quiero yo que vosotros tengáis parte con los demonios. No podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios. ¿O queremos provocar la ira del Señor? ¿Somos acaso más fuertes que El?" (10, 14-22).

2. *La recíproca relación de los relatos*

En primer lugar se explicará *la mutua relación de estos testimonios*. Las palabras de la institución y explicativas de la acción institucional van en letra cursiva, a fin de que así nos demos mejor cuenta de ello.

Los relatos coinciden entre sí en lo sustancial; tan sólo difieren en algunas menudencias lingüísticas y objetivas. Salta a la vista el parentesco existente entre la narración del Apóstol Pablo y el relato del evangelista Lucas, por una parte, y entre el del evangelista Marcos y la narración del Apóstol Mateo, por otra. Mateo y Marcos, por un lado, y Lucas y Pablo, por otro, son versiones de una misma tradición. Se habla de una forma *paulina* y *petrina* de los relatos (estrecha relación entre Pedro y Marcos, así como entre Pablo y Lucas). La coincidencia entre Mateo y Marcos es mayor que entre Pablo y Lucas. El relato *paulino* se distingue del *petrino*, sobre todo, por añadir el mandato institucional: "Haced esto en memoria mía." Además, en Mateo y Marcos falta la frase referente a la palabra del pan: "...que es entregado por vosotros"; está en San Pablo y en San Lucas. Según el relato paulino, tomó Cristo el cáliz después de la cena, mientras que según Mateo y Marcos lo tomó inmediatamente después de repartir el pan durante la cena. La Eucaristía queda dividida así en dos mitades, entre las que está la cena. Finalmente, las palabras que Cristo dijo sobre el vino son distintas en Lucas y Pablo de las que nos refieren Mateo y Marcos. En la versión de Lucas y Pablo Cristo resalta que es el cáliz del NT, que está en estrecha relación con su sangre. Porque está fundamentado y actualizado siempre de nuevo por medio de su sangre, que está en el cáliz. La identidad de cáliz y sangre está implícita e indirectamente afirmada. Los oyentes no son invitados a beber la sangre. Por el contrario, en Mateo y Marcos se afirma expresa y directamente la identidad de cáliz y sangre. Los discípulos son requeridos a beber su sangre. Marcos señala, además, que todos los discípulos bebieron del cáliz. Cumplieron de hecho lo que Jesús les pedía.

Existen también diferencias dentro de cada uno de los dos grupos. Mateo se aparta de Marcos en una serie de detalles. Las formulaciones propias del Evangelio de Mateo persiguen claramente la claridad, la precisión y la fluidez lingüística. Hay que considerarlas como adiciones del texto usado por Marcos. El relato de Marcos es, por consiguiente, más originario que el de Mateo. Las diferencias más importantes son las siguientes: Mateo refiere que Cristo recomendó expresamente a sus discípulos que comieran el pan bendecido por El. Explica con ello el sentido del requerimiento de Cristo: "Tomad". Mateo reproduce la palabra de Cristo: "Bebed todos de él", que hace juego con la invitación a comer el pan. Marcos no alude a este requerimiento de beber el vino. Habla primero de

beber el vino y refiere después, sin mencionar la invitación de Cristo, las palabras que Cristo dijo sobre el pan. Mateo expresa con mayor viveza que Marcos, por medio de un cambio de preposición en la fórmula "por vosotros" (*peri* en lugar de *hyper*) que la sangre es derramada no solamente para la salvación de los discípulos, sino también en su puesto. La adición más importante de San Mateo es la expresión "para remisión de los pecados", que figura en las palabras del cáliz. En cuanto a su contenido no significa nada nuevo frente a lo que dice San Marcos. Pero expone con más claridad y de un modo más inequívoco lo que dice Marcos. La expresión "que es derramada por muchos", referida por Marcos, alude a la profecía de Isaías (53, 10-12). Alusión que recibe una especial acentuación y aclaración en Mateo.

Las diferencias entre *Pablo* y *Lucas* son todavía mayores que aquellas entre Mateo y Marcos. En San Pablo faltan las palabras del comer y beber en el reino de Dios venidero. Viceversa, en San Lucas falta el segundo mandato institucional, que relata Pablo junto con las palabras del vino. Apoyados en estas observaciones puede establecerse la relación siguiente entre Pablo y Lucas: ambos beben de la misma fuente de tradición. Pero no existe ninguna dependencia literaria del uno al otro.

En el relato de Lucas es evidente que se ha usado para los detalles la forma tradicional que se pone de manifiesto en Marcos. A la forma originaria del texto de Lucas parece que se le ha añadido un complemento que procede de la misma fuente de tradición usada por Marcos. Es la expresión "que será derramada por vosotros". La palabra "derramada" (*ekchy-nomenon*) está en su sitio correcto, objetiva y lingüísticamente, en Marcos, pero en Lucas se refiere gramaticalmente al cáliz, objetivamente a la sangre. Este desacuerdo se entiende en el caso de haber sido tomada la expresión de un modo mecánico de una misma corriente de tradición.

Hay que abordar la cuestión, en conexión con estas observaciones, de si los versículos 19 b y 20 de Lucas ("que es entregado por vosotros" hasta "derramada por vosotros") pertenecen al texto primitivo del Evangelio de San Lucas o si son una añadidura posterior, esto es, si el *texto extenso* o el *texto conciso* es el secundario. Las palabras faltan en algunos manuscritos, así en el código griego D y en la mayoría de los códigos Itala. Existen también dificultades de contenido, ya que en el Evangelio de San Lucas se habla de dos cálices. Por esto tenemos que considerar como originaria la forma del texto extenso. En líneas generales, así lo cree la investigación. Lucas alude, con mayor claridad que los otros sinópticos, al banquete pascual. Habla, ante todo, del primero de los cálices usuales en el banquete pascual (22, 17) y refiere las palabras de bendición, que en Mateo y Marcos se citan junto con el cáliz de la Eucaristía. Sin esfuerzo se explica que el texto conciso debe su origen a una supresión de los mencionados pasajes, al igual que la forma extensa se originó por una añadidura. Se encontró que el relato de dos cálices en Lucas estaba en contradicción con la praxis litúrgica y con los otros relatos de la institución y se suprimió la segunda palabra del cáliz (tendencia armonizadora). Habla en favor del carácter originario de la forma extensa el hecho de la crítica textual. Las partes del texto en discusión figuran en la mayoría de los códigos griegos y precisamente en los más valiosos. Lo trae Marción y todos los códigos de la Vulgata.

3. *El carácter litúrgico*

Hay que tener en cuenta para la valoración de los relatos de la Eucaristía su *carácter litúrgico*. Si se pregunta por su "puesto en la vida" hay que responder, de acuerdo con la investigación actual, que radica en el culto. Los relatos de la institución tenían una forma litúrgica bien determinada antes de encontrar cabida en los evangelios o en las epístolas paulinas. Tenían existencia propia fuera de la historia de la pasión, en la liturgia. En cierto modo son un trozo de "evangelio" antes del Evangelio. A favor de su carácter litúrgico habla la considerable carencia de detalles históricos. Falta todo aquello que no es necesario bajo el punto de vista de la liturgia. También puede aducirse como argumento el paralelismo de las palabras pronunciadas sobre el pan y el vino. Paralelismo muy desarrollado en Mateo.

Los escritores neotestamentarios no han inventado los relatos de la institución, sino que se encontraron con ellos. Esto se manifiesta al comparar el estilo. Los relatos usan de un lenguaje que es ajeno tanto a la manera de exponer de los sinópticos como la de San Pablo. Como lo muestran los numerosos semitismos, los relatos de la cena tienen su punto de origen en los círculos palestinos de habla aramea. Se pondrá de manifiesto que el carácter litúrgico de los relatos no menoscaba su valor histórico, sino que es una garantía y lo aumenta.

4. *El carácter tradicional de los relatos*

El carácter litúrgico de los relatos de la institución deja entrever más claramente su *carácter tradicional*. Se trata en ellos de un antiquísimo tesoro de la tradición. Esto es acentuado por San Pablo con un vigor y claridad como nadie. En el capítulo undécimo de la primera epístola a los corintios se apoya en la tradición. Cuando dice que transmite lo que ha recibido "del Señor" no se significa con ello una enseñanza que le ha sido comunicada a él personal e inmediatamente por Cristo, sino una tradición que arranca del Señor, pero que Pablo ha recibido por mediación de intermediarios humanos. Ni la palabra "recibido" (*lambanein*) ni la palabra "del" (*apo*) tienen que ser tomadas en el sentido de una comunicación directa por parte de Cristo. Porque San Pablo usa la palabra "recibido", que es la reproducción de su término de la tradición rabínica, en general, para significar recepción de un conocimiento por un hombre. Solamente *Gal. 1, 12* significa la recepción de una revelación directa, y aquí se dice esto expresamente. Aunque la palabra no da ninguna explicación completamente segura de si se trata de una recepción, de una revelación mediata o inmediata, es más probable que se trate de la primera. La palabra "apo" tampoco permite una decisión segura, pues sólo significa, en general, la procedencia desde un determinado punto de partida, pero deja en suspenso si entre el punto de partida y el término hay que colocar miembros intermedios mediadores o no. Habla en favor de la recepción tradicional el hecho de que una revelación directa ciertamente que no se habría referido a los detalles históricos mencionados por San Pablo acerca del desarrollo

de la última cena. Hay que añadir a esto la partícula “también (*kai*)” en la frase “como yo os he transmitido también”. Expresa que la recepción de la tradición se hace por el mismo camino que el de la retransmisión, a saber, por la mediación. La tesis del carácter mediato de la tradición recibida por San Pablo queda asegurada por el modo de hablar del relato, no paulino, sobre todo por los semitismos. La opinión de que Pablo debe a la mediación de otros y no a una directa revelación de Cristo su relato de la cena no está en contradicción con *Gal.* 1, 11-12, en donde el Apóstol acentúa que ha recibido el Evangelio no de hombres, sino por revelación de Cristo. Al asegurar esto no piensa en los detalles de la fe o del culto o en otros hechos de la vida de Cristo—que ha conocido por la tradición (cfr. *I Cor.* 15, 3)—, sino en la totalidad de su Evangelio, en la imagen de Cristo, que fué grabada en su corazón en la hora de Damasco (*Gal.* 1, 16). Puede que en esta imagen de Cristo esté contenido también de modo general el misterio de la Eucaristía, pero no el desarrollo de la institución.

Si preguntamos quién comunicó el relato al Apóstol, hay que tener en cuenta que en su carta a los corintios se refiere a la predicación que les hizo durante su estancia en Corinto. Esta tuvo lugar hacia el año 51, durante su segundo viaje de misión. El relato fué escrito por él allá por el año 57. Mucho antes lo habría recibido. Podemos admitir que un hecho tan central para la vida eclesiástica le fué comunicado a él muy pronto después de su conversión por Ananías, esto es, estando todavía en Damasco. El mismo Señor remitió al atónito Apóstol a Ananías (*Act.* 9, 6. 10). Lo más tarde, se enteró de ello en Antioquía (*Act.* 11, 25; después del año 40). También pudo enterarse más detenidamente de todo durante sus repetidas visitas a Jerusalén (*Gal.* 1, 18; *Act.* 9, 27; 11, 30; 15; *Gal.* 2, 1-10). En todo caso tuvo ocasión sobrada de comparar su doctrina de la Eucaristía con aquella de los viejos apóstoles, sobre todo con la de Pedro. De este modo aproximamos el relato paulino a la muerte de Jesús. Procede del primer decenio, a lo más del segundo después de la muerte del Señor. Cfr. J. R. Geiselmann, *Jesus der Christus*, 1951.

5. Cronología de los relatos

La diversidad de los relatos eucarísticos plantea la cuestión de si partiendo de ellos podemos reconocer la forma originaria de las palabras de Jesús (de esto hablaremos más detalladamente en los párrafos siguientes) y si uno de los cuatro relatos, y, en este caso, cuál de ellos, reproduce con mayor fidelidad las palabras y acciones del Señor. Hay que aceptar que Cristo dijo muchas más cosas de las que están contenidas en los concisos relatos. Hay que considerarlos como un resumen de lo que El dijo en aquella hora de despedida. Las palabras del Señor nos han sido transmitidas en un eco humano. ¿Es posible reconocer en él tal como era la forma que tenían al salir de la boca del Señor? Para contestar a nuestra pregunta no se pueden suprimir las diferencias de cada uno de los relatos y conservar lo que queda en ellos de común y ver así en ello la forma originaria de las palabras. También en las diferencias se refleja el hecho de la Eucaristía. Además, por este camino no llegamos a una forma común de las palabras del vino. Más bien hay que preguntar cuál de los cuatro relatos

está más próximo el hecho. El análisis filológico de los textos muestra, ante todo, que todos tienen su fuente en un relato primitivo arameo oriundo de la primitiva comunidad palestinese. Todos están, por tanto, próximos al hecho mismo y al relato primitivo. Cuál de los cuatro relatos dentro de este ámbito descrito es el más fidedigno se pondrá en claro de la manera más convincente por medio de la comprobación de la antigüedad de los relatos. El que opinara que los relatos de Mateo y Marcos son más antiguos que los de Pablo y Lucas descubrirá otra cosa mediante una más exacta observación.

El problema puede estudiarse desde un punto de vista *crítico-formal* y *litúrgico-arqueológico*. La consideración *crítico-formal* concluye lo siguiente, tras las investigaciones de J. Betz; *Lc.* 22, 15-18 ofrece un viejo relato pascual. Un fragmento del mismo se encuentra también en *Mc.* 14, 25, en una forma aquí incluso lingüísticamente más primitiva que en Lucas. Pero *Mc.* 14, 25 muestra a la vez que este versículo no pudo ser transmitido por sí solo, sino que tuvo que tener una introducción. En el actual Evangelio de San Marcos está suplantada esta introducción por los versículos de la institución (22-24). El antiguo relato está conservado, con todo, en Lucas 22, 15-18. En el fondo este antiguo relato pascual no quiere comunicar los detalles de la celebración de la pascua judía, sino atestiguar la institución de la nueva pascua por Cristo. Porque Jesús dice a los suyos que ha deseado ardientemente celebrar esta pascua con ellos. Distingue esta pascua como algo nuevo de lo anterior. Especialmente en *Lc.* 22, 17 hay que tomar el cáliz, con grandísima probabilidad, en sentido eucarístico. Porque es idéntico con el tercer cáliz de bendición del banquete pascual, al que vinculó Jesús la institución del cáliz eucarístico. No permite otra conclusión la expresa designación de esta bendición del cáliz como *eucharistein*, la terminología litúrgica "tomad esto" y, sobre todo, la identificación del vaso con el cáliz eucarístico, del que se habla en *Mc.* 14, 25. Así, el relato pascual de *Lc.* 22, 15-18 no quiere referir la pascua judía, sino la transformación de la misma en nueva pascua, la sustitución del cordero pascual por la nueva ofrenda eucarística de Jesús. *Lc.* 22, 15-18 es el relato del banquete pascual neotestamentario. Pero pronto se interpretó mal el relato de Lucas (22, 15-18) y se le completó y aclaró. Esto se hizo añadiendo los versículos de la institución transmitidos como independientes simplemente al relato de *Lc.* 22, 15-18. Esta sencilla yuxtaposición tuvo como consecuencia que, a su vez, la idea eucarística de *Lc.* 22, 15-18 no fuera entendida correctamente en adelante y que pudieran entenderse con facilidad los versículos como referidos al primero o segundo cáliz pascual. Propiamente aquella interpolación de los versículos de la institución al viejo relato de la pascua quería expresar que la escatológica comida pascual que anunció Cristo era ya una realidad al gustar del cuerpo y la sangre del Señor. Así lo hizo claramente Marcos al concluir rigurosamente la identidad de la nueva pascua y de los dones eucarísticos. Dejó de lado los dos cálices de Lucas porque abandonó el Corpus del viejo relato pascual y en su lugar colocó el relato de la institución y añadió simplemente a la forma del cáliz las palabras del nuevo beber de la pascua. Así se colocó, en lugar de la comida pascual mencionada por Lucas, la Eucaristía. Estas observaciones muestran que toda la redacción del relato eucarístico de Marcos es mucho más reciente que la de Lucas. (Tomado casi literalmente de Joh. Betz, *Die Eucharistie in der Zeit der*

griechischen Väter I, 1 (Freiburg, 1955), 18-20; Betz se apoya, a su vez, en gran manera en H. Schürmann.)

El método *arqueológico-litúrgico* concluye los siguientes puntos de vista objetivos: se puede aceptar que el relato que ha conservado mejor el recuerdo de la acción real de la cena de Jesús es el que ofrece la más antigua tradición. Aunque ninguno de los relatos presta gran atención a los detalles de la pascua judía, ofrecen, con todo, detalles particulares que no permiten poner en duda que el marco histórico de la institución de la Eucaristía era la pascua judía. Los relatos de Lucas y Pablo son los que mejor lo indican. En Marcos y Mateo está más descolorido el recuerdo del marco histórico que en Lucas y Pablo. La opinión de que la última cena fué un convite pascual no es incontestada del todo. La diversidad de opiniones tiene su fundamento, sobre todo, en que, según Juan (13, 28; 18, 28; 19, 14. 38), durante el tiempo del proceso contra Jesús se está celebrando todavía la pascua. Explíquese como se quiera este desacuerdo, según el testimonio de los sinópticos y de Pablo es indiscutible que la Cena fué un convite pascual. Quizá San Juan quiso decir solamente que Cristo es la verdadera pascua, el verdadero cordero pascual, y usó una forma cronológica para esta afirmación tipológica. (Cfr. A. Arnold, *Der Ursprung des christlichen Abendmahles*, 1937.)

Por el relato de Lucas y Pablo se puede saber en qué momento de la pascua judía instituyó Cristo lo nuevo. En particular aparece aquí que entre las palabras del pan y las palabras del vino tuvo lugar la comida del cordero pascual, esto es, que las palabras del pan y las del vino estuvieron separadas por la principal comida, que consistió en comer el cordero. Si atendiendo al carácter litúrgico de los relatos se objetara que Lucas y Pablo no querían narrar de ningún modo la cena histórica de Jesús, sino la cena de la Iglesia, conocida por ellos, hay que contestar que, ciertamente, quieren narrar, como Marcos y Mateo, la cena de la Iglesia, pero que esto lo hacen a la luz de la cena histórica de Jesús. Así, al describir la cena de la Iglesia narran a la vez la histórica cena de Jesús. Betz dice: "En particular, la costumbre de separar las dos acciones eucarísticas por una comida intermedia tan sólo puede tener como fundamento de su origen la cena de Jesús. La separación de las dos mitades eucarísticas sólo puede explicarse de un modo convincente como resonancia e imitación del ejemplo histórico de Jesús. Se estaba todavía bajo la impresión inmediata de la acción de Jesús; por esto se procuró imitar su obra hasta en este detalle. Nadie ciertamente en la Iglesia primitiva habría pensado separar una liturgia eucarística doble, instituída por Jesús, por una cena intermedia. De hecho el desarrollo histórico en la Iglesia primitiva ocurrió de forma que se separó la Eucaristía de su vinculación al convite comunitario. Primeramente se resumieron en una doble acción las dos acciones litúrgicas sobre el pan y el vino y se la colocó al final de la comida ordinaria. Este tránsito lo encontramos ya en Marcos. Más tarde —ya en San Justino— se separa la Eucaristía del banquete y se une al culto divino de la mañana. Esto vale por lo menos para los cultos oficiales. Pero, con todo, perdura marginalmente—así parece—el ágape, que recibe carácter privado a partir de ahora, unido algún tiempo aún a la comunión eucarística" (*op. cit.*, pág. 22 y sigs.).

Es de capital importancia para nuestra cuestión el mandato de *rememorar* este rito, referido por Lucas y Pablo. Encargo que no puede expli-

carse como fruto de las ceremonias funerarias helenísticas, sino como disposición del mismo Jesús. Esto se sigue del carácter tradicional del relato paulino. Los semitismos de la narración aluden además a Palestina como patria de origen. Ejemplo del mandato rememorativo fué la concepción judía de la fiesta. El *kiddusch* festivo, que rezó el mismo Jesús en la cena pascual, alababa a Dios por haber dado días de fiesta a su pueblo para alegría y recuerdo. Según el Ex. 12, 14, la pascua debía ser un día de recuerdo que se celebraría de generación en generación. La interpretación de los elementos de la pascua (del cordero, de las lechugas silvestres), que correspondía al padre de familia judío, mantuvo vivo el recuerdo de los sucesos que ocurrieron al salir de Egipto. Jesús podía, por tanto, vincular el mandato de repetir el rito al ritual festivo judío. Al narrar Lucas y Pablo el mandato de repetición han conservado un detalle que garantiza la proximidad de su relato al suceso histórico.

El silencio de Mateo y Marcos no significa, sin embargo, que ellos desconocieran la ceremonia rememorativa. El mandato institucional puede faltar en ellos porque, entre tanto, la celebración eucarística se había introducido tan sólidamente y su repetición era tan natural que sobraba una expresa mención del mandato institucional. Por otra parte, hay que pensar que al incluir en su narración de la pasión el relato institucional, en su formulación litúrgica, atestiguaba sin más la licitud de la celebración rememorativa. Además, Mc. 14, 25 es una objetiva sustitución del mandato institucional, porque aquí Jesús promete beber de nuevo el vino en el reino de Dios.

Basados en estas observaciones, puede establecerse con grandísima probabilidad la siguiente serie cronológica de los relatos eucarísticos neotestamentarios: Pablo-Lucas-Marcos-Mateo. La tradición paulina y de Lucas representa la más antigua forma que se ha conseguido del relato de la institución, siendo el relato paulino más antiguo que el de Lucas.

Una nueva aclaración se obtiene comparando *las palabras del cáliz en San Pablo y en San Lucas*. El relato paulino ve en el cáliz el NT (*diatheke*), que descansa en la sangre de Jesús. Marcos, por el contrario, atestigua, como ya hemos indicado, como contenido propio del cáliz expresamente la sangre, que fundamenta el NT. Objetivamente no existe diferencia alguna entre las dos formulaciones, ya que ambas ven el cáliz, el testamento y la sangre en la misma estrechísima relación. Pero en Marcos la sangre se acentúa de un modo más directo y fuerte. Y lo que más sorprende es que Marcos no sólo narra el requerimiento de Jesús de beber la sangre, sino que acentúa también el hecho de que todos la bebieron de hecho. Si nos preguntamos por los motivos que le hayan podido impulsar a una acentuación tan fuerte del cáliz, se puede sospechar que Marcos quería salir al paso a esfuerzos contrarios al cáliz. Hay que tener presente que la primitiva comunidad judía tenía una gran inclinación a mantenerse dentro de la ley mosaica (Act. 21, 20). De la disposición del concilio apostólico por la que los mismos cristianos del paganismo habían de abstenerse de lo ahogado y de la sangre, se desprende en que gran medida seguían siendo válidas las leyes de Noé prohibiendo la comida de la sangre (Act. 15, 29). Con facilidad podía convertirse en piedra de escándalo para una aversión tan enraizada a la sangre el cáliz de la cena. Incluso en la *Epístola a los Hebreos* parece hacerse frente a una cierta oposición de los círculos judíos contra el cáliz de la cena. Véanse más detalles en J. Betz, *op. cit.*, 29-34.

Frente a tales tendencias hostiles al cáliz resaltó Marcos con la afirmación "todos bebieron de él", como también los Apóstoles, judíos por su origen, bebieron, y que, por tanto, el beber la sangre del cáliz es cosa lícita. Así, la versión marciana del relato institucional se nos presenta como réplica a la hostilidad judía a la sangre y al cáliz y como testimonio del valor salvífico de la sangre de Jesús. De aquí que la narración de Marcos represente una etapa de la predicación posterior a la paulina.

Marcos pudo apoyar su formulación en el AT. Tampoco el AT fué establecido sin sangre. La *Epístola a los Hebreos* lo dice claramente. En el cap. 9, 18 y siguientes se observa que Moisés aspergió en el Sinaí al pueblo con la sangre de los animales del sacrificio y dijo: "Esta es la sangre de la alianza que Dios ha contraído con vosotros." Hasta qué punto la *Epístola a los Hebreos* ve el cáliz de la cena a la luz de la alianza viejotestamentaria y como su plenitud, se desprende, entre otras cosas, del hecho de llamarla sangre de la aspersion. "Os habéis allegado al Mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la aspersion de la sangre, que habla mejor que la de Abel. Mirad que no recuséis al que habla" (*Heb.* 12, 24). La sangre de Jesús fundamenta el NT. Y lo sostiene continuamente en pie. Pues, según *Heb.* 10, 19, los cristianos tienen siempre "firme confianza de entrar en el santuario en virtud de la sangre de Jesús, que El nos abrió, como camino nuevo y vivo a través del velo de su sangre".

Si nos fijamos en el contexto de la formulación de Marcos veremos cómo suena parecido al pasaje del *Exodo*. Dice así el texto: "Escribió Moisés todas las palabras de Yavé. Levantóse de mañana y alzó al pie de la montaña un altar y doce piedras por las doce tribus de Israel; y mandó a algunos jóvenes, hijos de Israel, y ofrecieron a Yavé holocaustos e inmolaron toros, víctimas pacíficas a Yavé. Tomó Moisés la mitad de la sangre, poniéndola en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Tomando después el libro de la alianza, se lo leyó al pueblo, que respondió: "Todo cuanto dice Yavé lo cumpliremos y obedeceremos." Tomó él la sangre y aspergió al pueblo, diciendo: "Esta es la sangre de la alianza que hace con vosotros Yavé sobre todos estos preceptos." Subió Moisés con Arón, Nadab y Abiú y setenta ancianos de Israel, y vieron al Dios de Israel. Bajo sus pies había como un pavimento de baldosas de zafiro, brillantes como el mismo cielo. No extendió su mano contra los elegidos de Israel; le vieron, comieron y bebieron" (*Ex.* 24, 4-11).

La formulación de Marcos concuerda aún más que la de la *Epístola a los Hebreos* con el texto del *Exodo* 24, 4-11. En San Marcos el cáliz de la cena se nos presenta como la realización soteriológica de la sangre de la alianza viejotestamentaria, y la comunidad eucarística como el nuevo pueblo de la alianza. De nuevo resulta evidente que el relato de Marcos con su actitud frente a las tendencias hostiles al cáliz representa una etapa de evolución posterior a la paulina.

6. El valor histórico de los relatos

De suma importancia es la cuestión acerca del *valor histórico* que tengan los relatos neotestamentarios de la institución. A esto hay que decir, en primer lugar, que, como hemos visto, se acercan mucho al tiempo de los hechos. Esto vale sobre todo del relato paulino. Carece totalmente de

base el supuesto de la tesis formulada por la teología liberal de que los relatos son el producto de la fe de la comunidad, que quería justificar el culto creado por ella misma. Dada la gran antigüedad de los relatos, no se dispondría para su origen de la fe de la comunidad, de un período de tiempo suficiente que bastase para ello. Pero es que, además, los relatos tienen sobre todo *carácter de testimonio*. Lo que en general vale para los Apóstoles, ser testigos oculares y de oído de aquello que aconteció a partir del bautismo de Juan hasta el día de la Ascensión (*Act.* 1, 21), y que sólo puede ser Apóstol el que tenga este carácter de testigo, vale también para los relatos eucarísticos. Son testimonios de quienes han vivido lo que atestiguan. Dan testimonio del *factum*. Más allá de la mera facticidad atestiguan también que los acontecimientos narrados por ellos son elementos del misterio de la salud. Pueden atestiguar ambas cosas porque, como participantes, han visto el curso de los acontecimientos y porque como creyentes en el Espíritu Santo pudieron captar el misterio salvífico en el hecho histórico. Y porque lo que les interesa es describir la Cena como misterio salvífico, renuncian a una exacta versión de los detalles históricos.

No se puede objetar contra el valor histórico de los relatos de la institución el que sean textos litúrgicos y, por tanto, no pueden considerarse como fuente de conocimiento histórico. Ciertamente ofrecen textos que son empleados en el culto y retransmitidos en el culto, pero son textos culturales que a la vez dan testimonio de la historia y por cierto de la historia de la salvación. Dentro del culto sólo tienen un sentido, por referirse a la historia. Por otra parte, no hacen historia por amor a la historia, sino a causa de la salud obrada en ella.

IV. *Provisional interpretación global de los relatos*

1. Es de utilidad para la provisional interpretación global del relato de la institución que tengamos en cuenta que los hechos descritos en él forman parte de una pascua judía. Por su parte, la celebración de la pascua sólo puede entenderse si tenemos a la vista su ocasión y origen. Las tribus de Israel vivían en su mayoría en la cautividad egipcia. Dios quiso liberarlas por medio de Moisés. El faraón egipcio debía ser movido por medio de castigos divinos a dejar salir al pueblo. Pero opuso resistencia continuamente a la voluntad de Dios. Por fin Dios acudió a un décimo castigo, el más terrible de todos. Todo primogénito debía morir en una noche. Los israelitas, empero, quedarían libres de la desgracia. Toda familia israelita debía sacrificar un cordero inmaculado y untar con la sangre de la víctima el dintel de la casa y los dos postes de la puerta, en la que fuera sacrificado el cordero. Dios, el Juez, pasaría de largo sin matar allí donde estuviera la sangre. De aquí que se llamara a esta noche noche del tránsito: *Passah*. Ordenó Dios al pueblo salvado, como memoria de este acontecimiento, que en el futuro cada año celebrase, al tiempo de la luna llena de primavera, una fiesta pascual, una noche de tránsito, y que en ella se sacrificase y comiese en toda familia o en cualquier comunidad un cordero inmaculado (*Ex.* 12).

Cristo cumplió también este precepto. Por última vez lo hizo en la noche antes de su muerte. Encargó a sus discípulos por la tarde llevar un cordero al templo y sacrificarlo. La sangre fué recogida en preciosas vasi-

jas y derramada como ofrenda en el altar. La carne inmolada del cordero sacrificado era devuelta al oferente para celebrar la cena pascual. El cordero que estaba ante Cristo sobre la mesa había sido sacrificado en el templo por la tarde. La Cena tuvo lugar, según la antigua tradición, de la siguiente manera: Una vez habían tomado asiento todos los participantes, se mezcló vino en el primer vaso (cada cual tenía su vaso). Al hacerlo se rezó una oración de bendición. Bebido que hubieron todos, fueron pronunciadas unas palabras sobre la fiesta del día. Acto seguido venía la comida de lechugas silvestres y se mezclaba el segundo cáliz, que era ofrecido a todos, mientras el padre de familia explicaba el significado de la celebración y se recitaba la primera parte del pequeño Allel (*Sal.* 113 y 114). La cena propiamente comienza ahora. El cabeza de familia fraccionaba el pan ácimo y colocaba sobre él las hierbas amargas que había untado de salsa y ofrecía de ello a los comensales. Entonces se comía el cordero pascual asado. Después se ofrecía el tercer cáliz, llamado de acción de gracias a causa de la bendición dicha en acción de gracias por la cena celebrada. Ya retirados los restos de la comida, se ofrecía el cuarto cáliz y se terminaba la ceremonia con la segunda parte del pequeño Allel (*Sal.* 115-118).

Nos podemos representar ahora el *curso de la institución de la Eucaristía*. Jesús se encontraba con sus discípulos en el cenáculo. Dominaba un tono de gravedad. Desde hacía tiempo anhelaba Cristo esta Cena. Era la "última" cena pascual que celebraría con sus discípulos. Bendijo el primer cáliz y lo ofreció para que sus discípulos pudieran distribuírselo entre sí (*Lc.* 22, 17). Acompañó la distribución con las palabras de que no comería nunca jamás la pascua con ellos hasta que sea cumplida en el reino de Dios. Alude con ello claramente a que comienza una nueva época en la que lo anterior encuentra su cumplimiento y su fin. Se inaugura el tiempo del dominio de Dios. Lo antiguo se destruye al alcanzar su cumplimiento. Inmediatamente antes de su pasión deja ver Cristo a sus discípulos, en una promesa de tiempo, el futuro que es inminente. Estas palabras no se referían directamente a la Eucaristía. Fueron pronunciadas antes de su institución. Mientras comían tuvo lugar la referencia al traidor. Antes de comenzar la comida principal, que consistía en comer el cordero, en el momento en que el cabeza de familia bendecía el pan ácimo, tomó Jesús el pan y lo ofreció a sus discípulos con el requerimiento de que lo comieran. Que ocurrió en este momento se desprende porque sólo en este instante tuvo lugar la fracción del pan con su correspondiente bendición. De este pan dijo El: "Este es mi cuerpo." Es de suponer que Cristo pronunció sobre el pan no solamente la usual bendición, sino que además dió gracias y alabó al Padre por esta hora y por los acontecimientos que en ella se cumplían. Según Mateo y Marcos, al ofrecimiento del pan siguió inmediatamente el ofrecimiento del cáliz. Según Lucas y Pablo, esto último ocurrió al terminar la cena. Esta diferencia en los relatos se funda en que Mateo y Marcos están aún menos interesados en el desarrollo de la pascua que Pablo y Lucas. Hacen caso omiso por completo, en sus relatos, del desarrollo de la cena pascual. Toda su atención está concentrada en lo nuevo, que comienza en esta Cena. De lo viejo no hablan nada. Es natural que en esta despreocupación total por la cena pascual coloquen inmediatamente, una tras de la otra, las cosas que solamente tienen interés y son decisivas para ellos. Lucas y Pablo tienen en cuenta la cena pascual. Según

su relato, es el primero de los dos cálices de la comida principal, es decir, el tercero de toda la pascua, el que Cristo ofreció a sus discípulos con las palabras: "Esta es mi sangre", etc. Fué llamado "cáliz de bendición". En Pablo aparece de nuevo esta denominación (*I Cor.* 10, 16).

2. Podemos pasar ahora a determinar el *sentido de los relatos de la cena*. Primeramente hay que ofrecer el sentido del relato en conjunto. En el parágrafo siguiente se explica detalladamente el sentido de las "palabras significativas" o reveladoras de Jesús. Cristo celebró por última vez con los suyos la cena pascual a la usanza antigua. La Antigua Alianza, a la que pertenecía, tocaba a su fin. Era prefiguración y prehistoria de la Nueva, que comienza. El mismo Cristo anunció y estableció en el cenáculo la Nueva Alianza entre Dios y el hombre, fundada por el amor creador y libre de Dios.

La actividad e iniciativa de Dios queda expresada claramente al traducir el vocablo griego *diatheke*, que significa tanto alianza como testamento, por *orden divino*. El nuevo orden divino de caridad prometido por Dios, dejado por Cristo como testamento suyo, quedó establecido por Cristo en el cenáculo. Fué el testamento que dejó El a los suyos en aquella hora. La Nueva Alianza había sido ya prefigurada. *Jeremías* dice: "Vienen días, palabra de Yavé, en que yo haré una alianza nueva con la casa de Israel y la casa de Judá; no como la alianza que hice con sus padres, cuando tomándolos de la mano los saqué de la tierra de Egipto; ellos quebrantaron mi alianza y yo los rechacé, palabra de Yavé. Esta será la alianza que yo haré con la casa de Israel en aquellos días, palabra de Yavé: Yo pondré mi ley en ellos y la escribiré en su corazón, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. No tendrán ya que enseñarse unos a otros ni exhortarse unos a otros, diciendo: Conoced a Yavé, sino que todos me conocerán, desde los pequeños a los grandes, palabra de Yavé; porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados" (31, 31-34).

La Antigua Alianza, que ahora tocaba a su fin, fué concluída y sellada con un sacrificio. Hemos visto antes que en la *liberación de Egipto* fueron inmolados y sacrificados corderos y esparcida su sangre en las puertas de las casas. La última cena pascual, en la que Cristo estableció el nuevo orden divino, fué sobre todo celebración rememorativa de la liberación de Egipto. *Jeremías*, en la profecía del NT menciona expresamente la alianza sellada durante la salvación de Egipto, a la que se pondría fin al concluirse la Nueva Alianza. Cristo opone su propia sangre, en la última cena, a la derramada al salir de Egipto y a la que anualmente se derrama al

celebrar la memoria. Por encargo del Padre debe liberar a los hombres de la esclavitud del pecado, de la muerte y del demonio. El castigo divino pasará de largo para quienes estén sellados con la sangre de Cristo Jesús.

La pascua judía alude también al *acontecimiento del Sinaí*. Después de anunciar Moisés la ley de la alianza, estableció junto al pie del monte un altar. Varones jóvenes fueron encargados de ofrecer un holocausto al Señor e inmolarle toros. Tomó Moisés la mitad de la sangre y la derramó sobre el altar. Con la otra mitad aspergió al pueblo, diciendo: "Esta es la sangre de la alianza que hace con vosotros Yavé sobre todos estos preceptos contenidos en el libro de la ley y leídos al pueblo." Se ratificó la conclusión de la alianza con la sangre del sacrificio. El testamento alcanzó su forma definitiva en el Sinaí.

También el nuevo orden divino establecido por Cristo fué sellado con sangre, con la sangre que Cristo derramó en la cruz. Por la sangre de Cristo quedó establecido un nuevo orden de salvación. Cuando los Apóstoles oyeron las palabras de Cristo sobre el NT en su sangre, no les resultó totalmente nuevo este mensaje. Estaban preparados ya por las profecías de Jeremías.

De esta sangre del sacrificio, en la que Cristo fundamentó la nueva comunidad de los hombres con Dios, dice El en aquella hora de despedida, momentos antes de la Pasión, que se la da a ellos para bebida. Lo que hay en el cáliz es la sangre del sacrificio de la Nueva Alianza. Está presente allí bajo la apariencia de vino. Cristo se sirvió, para desarrollar este simbolismo, de los elementos ya existentes en el AT, especialmente de la celebración de la liberación de la cautividad de Egipto y de la legislación de la alianza sinaítica. Esta simbólica supone que Cristo habla del "derramamiento" de su sangre. Para ello emplea expresiones del AT; en esta simbólica se mantiene dentro de lo antiguo para representar lo nuevo fundado por El. De hecho la sangre presente en el cáliz es aquella sangre que será derramada en la cruz al día siguiente. De aquí que sea caracterizada expresamente como sangre del sacrificio propiciatorio (que es derramada para remisión de los pecados; cfr. Is. 53).

La misma forma del verbo en presente ("que es derramada") no puede tomarse como prueba de que en el momento en que Cristo pronuncia las palabras del cáliz, se derrame su sangre, es decir, sea sangre del sacrificio. Esta misma forma verbal en presente se emplea también para significar un futuro próximo. El "es derrama-

da" se refiere a la muerte en la cruz. Pero precisamente de la sangre que es derramada en la cruz por los pecados de muchos (el "de muchos" es igual que la totalidad, que comprende a los muchos), dice Cristo que El la ofrece a sus discípulos para beber. En el sacrificio banquete que prepara a los suyos actualiza su sangre, que nosotros debemos señalar como sangre del sacrificio, porque es la sangre de la alianza. Su sangre está aquí como sangre del sacrificio, como sangre sacrificada.

Si se interpreta el relato de la institución sobre el trasfondo del AT se llega a la firme conclusión de que la sangre de Cristo está realmente presente. Al hacerlo hay que interpretar primeramente las *palabras del vino*.

Las palabras del pan están evidentemente en exacta correspondencia con las palabras del vino. Así como en el AT la sangre derramada del cordero pascual es una figura análoga de la sangre de Cristo, igualmente el cordero que está colocado sobre la mesa es una prefiguración análoga del cuerpo de Cristo. Esto permite concluir que Cristo, con las palabras del pan, ofreció a sus discípulos su cuerpo como cuerpo sacrificado, como víctima. De su cuerpo dice que es entregado. La entrega acontece en la cruz. Pero el cuerpo sacrificado en la cruz ha sido actualizado por Cristo durante la celebración de la cena pascual y ofrecido a los discípulos. (De la fracción del pan no puede concluirse que sea pan del sacrificio. El fraccionar no hay que entenderlo como símbolo de la entrega, de la destrucción del cuerpo. Más bien es un acto necesario e inmediatamente anterior a la distribución.)

Con la acción de la cena pascual ha *anticipado* Cristo lo que más tarde haría al morir. Por ella mostró a sus discípulos lo que quería e hizo con la cruz: entrega allí su cuerpo y su sangre por ellos. La cena es la anticipación del sacrificio de la cruz. Esta comprobación sobre el sentido de la última cena bastará por ahora. A lo largo de la exposición intentaremos determinar más exactamente la naturaleza del holocausto y la relación de la Eucaristía para con el sacrificio de cruz.

V. *El mandato rememorativo*

Es de suma importancia que la Cena no sea un suceso que debía permanecer aislado, sino que debe renovarse siempre de nuevo (cfr. § 246). Jesús encargó a sus discípulos hicieran siempre de nuevo,

en memoria suya, lo que El había hecho. Los discípulos debían celebrar en memoria de su sacrificio de cruz, el sacrificio realizado por El allí, que fué anticipación del de la cruz. En él pervive la pascua viejotestamentaria, que perdió su justificación en el momento de la cena pascual y que quedó superada, porque su función profética quedó cumplida, como cumplimiento hasta el fin de los tiempos, del mandato divino dado a Moisés en celebrar eternamente el recuerdo de la liberación de Egipto.

Pablo ha atestiguado que la celebración de la Eucaristía se deriva de la acción y encargo de Cristo en el cenáculo. La celebración eucarística es, según él, el anuncio de la muerte de Cristo, no por la palabra, sino por la acción. El anuncio de la muerte de Cristo no se hace, en primer término, porque con ocasión de la celebración eucarística se habla de la muerte del Señor, aunque el misterio de su Pasión pueda estar atestiguado por la palabra también, sino porque la muerte de Cristo se representa y actualiza mediante la celebración de la Cena del Señor. La celebración eucarística tampoco es un mero recuerdo de la muerte, sino su memoria llena de realidad.

Se puede preguntar si los discípulos pudieron entender las concisas palabras de Jesús en su profunda significación. ¿Es lícito suponer que entendieron su *mandato institucional* realmente como un encargo de celebrar la memoria real de su sacrificio de muerte? A esta cuestión hay que contestar: De lo que Jesús dijo sólo disponemos de un breve relato. Es posible y probable que a ellos les explicara la realidad y los hechos de una manera más detallada. Por otra parte, los discípulos se movían por completo en el mundo ideológico del AT y podían, por tanto, profundizar más y descubrir más cosas en las palabras de Jesús que un lector no familiarizado con el AT. En particular hay que suponer que en el tiempo entre la Resurrección y la Ascensión a los cielos, en que habló con ellos acerca de los misterios del reino de Dios (*Act. 1, 3*), les explicaría también el misterio de la memoria de su sacrificio. Este es, en realidad, un elemento esencial para la propagación e implantación del reino de Dios, de la caridad. Pero, sobre todo, los discípulos fueron introducidos en el conocimiento de toda verdad (*Io. 14, 26; 16, 12-14*) por el Espíritu Santo que les fué enviado el día de Pentecostés. Además, por la profecía de la Eucaristía, atestiguada por el Evangelio de San Juan, estaban ya preparados y dispuestos. Allí se da testimonio de la Eucaristía, ante todo, como cuerpo verdadero y sangre verdadera de Cristo. Pero de la sangre

se dice que es entregada para la vida del mundo (*Io.* 6, 51). De una manera clara se caracteriza como cuerpo del sacrificio.

Cristo confió a sus discípulos el encargo de celebrar en adelante una nueva fiesta conmemorativa en lugar de la viejotestamentaria. Todo judío que no creyera en Cristo, debería tomar este encargo, que ponía fin a la Antigua Alianza, como algo radicalmente demoledor y blasfemo. *Los discípulos que creían en El, aceptaron el encargo y lo cumplieron.* El Apóstol Pablo es testigo de ello. Lo que se hacía en Corinto era una costumbre recibida de la tradición. El Apóstol no ha introducido nada nuevo. Ni tampoco dió un nuevo significado a la costumbre ya existente. Tan sólo se limita a recomendar a los corintios tengan presente el verdadero sentido de lo que celebran y se abstengan de una indigna celebración de la muerte de Cristo. ¿Cómo hubiera sido posible introducir una novedad entre hombres que tomaron parte en la última Cena y que hubieran podido argüir al Apóstol de falsedad? Pablo no quiere introducir ningún nuevo culto, sino que, con motivo de los conocidos abusos en Corinto al celebrar la Eucaristía, quiere salir en contra del egoísmo que dominaba allí, oponerse a la brutal inconsideración y gula de algunos participantes de la Eucaristía. Todos los cristianos de Corinto conocen el sentido y la finalidad de la celebración eucarística. Pero no todos celebran el misterio con la seriedad y respeto con que debe ser celebrada. Pablo quiere despertar en ellos la recta disposición de ánimo. A este fin les recuerda lo que ya conocen: la Cena de Cristo.

Igualmente el pasaje paulino en que se exhorta a no comer de las carnes sacrificadas a los ídolos (*I Cor.* 10, 14-22) es un testimonio de que desde un principio se celebró la Eucaristía como memoria del sacrificio de la muerte de Cristo. El Apóstol quiere apartar a los corintios de la participación en los sacrificios paganos con las siguientes reflexiones: el que come del sacrificio, está a la vez en el altar y participa de la acción del sacrificio, sacrifica él también. El que sacrifica a los ídolos, ofrece a los demonios. Esto no es posible para el cristiano. Participa de una cena que se opone radicalmente al sacrificio pagano; participa de la comunidad con el cuerpo y la sangre de Cristo. Si el argumento del Apóstol es concluyente, hay que concluir de sus palabras que la participación en el cuerpo y en la sangre de Cristo es a la vez participación en una acción sacrificial, esto es, que el cuerpo de Cristo es el cuerpo del sacrificio y que la sangre de Cristo es la sangre del sacrificio.

Que el mandato institucional de Cristo fué entendido y cum-

plido por sus discípulos *queda bien atestiguado por los dos relatos de los "Hechos de los Apóstoles"*. Los tres mil conversos por el sermón de Pedro permanecieron fieles en la doctrina del Apóstol y en la comunidad, en la fracción del pan y en las oraciones (*Act. 2, 42*). Estando Pablo en Troya, pronunció un sermón a los congregados para la fracción del pan que duró hasta el amanecer (*Act. 20, 7-11*). ¿Qué significaba la palabra "fracción del pan"? Para los lectores de los *Hechos de los Apóstoles* era tan familiar su sentido que no necesitaba ninguna ulterior explicación. En los *Hechos de los Apóstoles* se designa con ello un rito religioso. Los cristianos se congregaban el primer día de la semana para una celebración religiosa. En ninguna parte, fuera de la literatura bíblica, tiene la expresión una significación tan amplia. No existe ningún testimonio no cristiano que date de los siglos I y II en que "fracción del pan" signifique un banquete, sea religioso, sea profano. En todas partes que nos sale al encuentro significa una acción determinada, la de romper el pan con la que el paterfamilias inicia el convite o comida. Muchas veces este acto es considerado y valorado como acción religiosa. En la misma Escritura se emplea el vocablo para designar un acto concreto, el de partir y repartir el pan corriente (*Mt. 14, 19; Mc. 6, 41; Lc. 9, 16; 24, 31*) y también la fracción y reparto del pan eucarístico (*Mt. 26, 26; Mc. 14, 22; Lc. 22, 19; I Cor. 11, 24*), que nos da la comunidad con el cuerpo de Cristo (*I Cor. 10, 16*). Pero más allá de todo esto, significa todavía algo más, tiene un sentido que nos sale al paso en los *Hechos de los Apóstoles*. Designa claramente toda la celebración de la congregada comunidad cristiana. Por lo que, significando la palabra por lo común una parte de la celebración eucarística, se puede concluir con seguridad que allí donde describe una celebración, es ésta la de la Eucaristía. De hecho, la expresión se emplea también en la literatura postapostólica en este significado (por ejemplo, Ignacio de Antioquía, *A los Efesios* 20, 2; *Didache* 14).

El pasaje de *Lc. 24, 30*, en donde se narra que Jesús se sentó a la mesa con sus discípulos de Emmaús, tomó el pan, lo bendijo, lo rompió y dió a los discípulos, que por la fracción del pan conocieron que era El, no puede entenderse como eucarístico. Los que creen que también estas palabras se refieren a la Eucaristía, hacen resaltar que el relato del evangelista Lucas en los *Hechos de los Apóstoles* alude claramente a la Cena del Señor antes de su Pasión, descrita momentos antes con las mismas palabras (*Lc. 22, 19* sigs.). Cristo celebró con sus discípulos la Eucaristía. Pero esta

interpretación se opone a dos hechos: en *Lc.* 24, 30, con la expresión “fracción del pan” no se describe toda una celebración, sino sólo la introducción a un banquete, aquel acto con el que el padre de familia da comienzo a la comida. Muchas veces vivieron los discípulos este acto del Señor. En él reconocen al Señor al instante. Al ver cómo rompe el pan conocen que es El. Si “fracción del pan” significa tan sólo un acto concreto, no hay razón para tomar la palabra eucarísticamente, de no existir otras razones que, como las inmediatas circunstancias de la comida, sugieran una interpretación eucarística. En un caso como éste la palabra “fracción del pan” no significa la celebración eucarística misma, sino la introducción a la misma (cfr., por ejemplo, *Lc.* 22, 19 sigs.). Habla, además, en contra de la interpretación eucarística el hecho de que Cristo expresó claramente en la última Cena su voluntad de no celebrar ya más El mismo la Eucaristía, sino que la confió a la Iglesia para memoria sempiterna suya.

El uso de esta expresión es un ejemplo más de cómo la Sagrada Escritura se sirve de las palabras del lenguaje ordinario, pero dándoles un sentido totalmente nuevo. Es posible que la palabra “fracción del pan” implique que la celebración eucarística tenía lugar en el marco de un convite ordinario. De ello hablaremos más adelante.

VI. *El testimonio de la “Epístola a los Hebreos”*

La *Epístola a los Hebreos* nos ofrece el último testimonio neotestamentario de la existencia del sacrificio eucarístico. Reproducimos aquí el pasaje en cuestión, en su contexto general, para facilitar la inteligencia de este texto difícil. *Hebreos* 13, 7-15: “Acordaos de vuestros pastores, que os predicaron la palabra de Dios, y considerando el fin de su vida, imitad su fe. Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos. No os dejéis llevar de doctrinas varias y extrañas; porque es mejor fortalecer el corazón con la gracia que con viandas, de las que ningún provecho sacaron los que a ellas se apegaron. Nosotros tenemos un altar, del que no tienen facultad de comer los que sirven en el tabernáculo. Los cuerpos de aquellos animales cuya sangre, ofrecida por los pecados, es introducida en el santuario por el pontífice, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, a fin de santificar con su propia sangre al pueblo, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a El fuera del campamento, cargados con su oprobio, que

no tenemos aquí ciudad permanente, antes buscamos la futura. Por El ofrezcamos de continuo a Dios sacrificios de alabanza, esto es, el fruto de los labios que bendicen su nombre.”

Es muy discutido el sentido de este texto. Tanto los exégetas protestantes como también los católicos entienden por altar la cruz e interpretan el comer como la fe en Cristo crucificado. De hecho la epístola a los Hebreos habla de continuo de la muerte de cruz como del sacrificio de la Nueva Alianza. Sin embargo, hay que interpretar el pasaje de una manera eucarística. El contexto así lo pone de manifiesto.

La epístola va dirigida a los judíos creyentes y compatriotas del autor que siguen observando la ley mosaica (9, 8; 10, 1-28). Corren el riesgo de caer de nuevo en el judaísmo (3, 12 ss.; 6, 6; 12, 15-25; 13, 9-15) y de perder la salud que les ha sido concedida por el bautismo. El apóstol quiere prevenirles ante este peligro. Con el bautismo está unida estrechamente la Eucaristía. Los destinatarios de la epístola están amenazados, por consiguiente, de caer en la tentación de despreciar la Eucaristía al despreciar el bautismo. El apóstol les muestra de una manera apremiante las consecuencias de semejante actitud. En el capítulo sexto, versículos 4 al 6, dice: “Porque quienes una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, gustaron de la dulzura de la palabra de Dios y los prodigios del siglo venidero, y cayeron en la apostasía; es imposible que sean renovados otra vez a penitencia y de nuevo crucifiquen para sí mismos al Hijo de Dios y le expongan a la afrenta.” La expresión “gustaron el don celestial” hay que entenderla eucarísticamente. Precisamente en la Eucaristía parece haberse originado el escándalo que sentían los lectores de la Epístola, que vacilan una y otra vez entre la observación de las leyes judías acerca de la comida, y la comida eucarística. En 13, 9 sig. señala el autor que la observación de las leyes judías sobre la comida ya no tiene virtud alguna, que lo que mejor fortalece el corazón es comer del altar que los creyentes tienen en Cristo. De esta comida no tienen facultad de comer, como él dice, los que sirven en el tabernáculo, esto es, aquellos que se mantienen fieles por anacronismo a las leyes judías ya superadas. Para ellos no existe ningún camino de salvación.

Del paralelismo con el sacrificio viejotestamentario se desprende que la Eucaristía está significada con el altar, del que no pueden comer los que sirven en el tabernáculo. Pues así como fué real el comer del sacrificio viejotestamentario, igualmente hay que en-

tender real y no simbólicamente el comer del altar neotestamentario. A este respecto observa J. Betz que la afirmación de que el corazón es fortalecido con la gracia (*charis*), tiene significación inmediatamente eucarística, ya que *charis* es un equivalente de *Eu-charis-tia* en la iglesia primitiva. Los adversarios parece que invocan en particular a su favor el contenido del cáliz, la sangre. En 10, 28 leemos "Si el que menosprecia la Ley de Moisés, sin misericordia es condenado a muerte sobre la palabra de dos o tres testigos, ¿de cuánto mayor castigo pensáis que será digno el que pisotea al Hijo de Dios y reputa por inmunda la sangre de su testamento, en el cual fué santificado, e insulta al Espíritu de la gracia?" La expresión "despreciar la sangre del testamento" (tenerla por inmunda), que nos recuerda la fórmula de San Marcos, se refiere a la Eucaristía.

Contra tales peligros y tentaciones exhorta el Apóstol a sus lectores, procedentes del judaísmo, a no abandonar el camino de la salvación una vez andado. En todo el capítulo 13 les da normas morales para este fin, entre las que está la correcta celebración de la Eucaristía. Estas reglas están determinadas y condicionadas por el hecho de que los creyentes cristianos han sido apartados tanto de la ley viejotestamentaria como del mundo y han sido unidos a Dios. En el capítulo 12 describe en cierto modo el nuevo ser de los cristianos, del que se origina su nueva disposición de ánimo. A este respecto dice lo siguiente: "Procurad la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios; mirando bien que ninguno sea privado de la gracia de Dios, que ninguna raíz amarga, brotando, la impida y corrompa la fe e inficione a muchos. Mirad que ninguno incurra en fornicación, impureza o impiedad, como Esaú, que vendió su primogenitura por una comida. Bien sabéis cómo queriendo después heredar la bendición fué desechado y no halló lugar de penitencia, aunque con lágrimas lo buscó. Que no os habéis allegado al monte tangible, al fuego encendido, al torbellino, a la oscuridad, a la tormenta, al sonido de la trompeta y a la voz de las palabras, que quienes las oyeron rogaron que no se les hablase más; porque no podían oírlas sin temor. Si un animal tocaba al monte, había de ser apedreado. Y tan terrible era la aparición, que Moisés dijo: "Estoy aterrado y tembloroso." Pero vosotros os habéis allegado al monte de Sión, a la ciudad de Dios vivo, a la Jerusalén celestial y a las miradas de ángeles, a la asamblea, a la congregación de los primogénitos, que están escritos en los cielos. y a Dios, Juez de todos, y a los espíritus de los justos perfectos, y al

Mediador de la Nueva Alianza, Jesús, y a la aspersión de la sangre, que habla mejor que la de Abel. Mirad que no recuséis al que habla, porque si aquéllos, recusando al que en la tierra les hablaba, no escaparon del castigo, mucho menos nosotros, si desechamos al que desde el cielo nos habla, cuya voz entonces estremecía la tierra y ahora hace esta promesa: "Todavía una vez, yo conmoveré no sólo la tierra, sino también el cielo." Este "todavía una vez" muestra el cambio de las cosas movibles, por razón de haberse ya cumplido, a fin de que permaneciesen las no conmovibles. Por lo cual, ya que recibimos el reino incommovible, guardemos la gracia, por la cual serviremos agradablemente a Dios con temor y reverencia, porque mostró Dios ser un fuego devorador."

Los hombres transformados en este nuevo ser deben ofrecer a Dios un sacrificio de alabanza. El requerimiento de alabar a Dios y la garantía de que Dios ve con agrado esta alabanza, puede despertar a primera vista la impresión de que el autor de la *Epístola a los Hebreos* fuera enemigo de la liturgia y del sacrificio. En realidad no es así. No sólo da testimonio de la liturgia terrena, sino que atestigua incluso la celestial. Precisamente la liturgia es el *leit-motiv* de la Epístola. La intención de sus exposiciones no está en contra del sacrificio, sino contra la rutinaria y mecánica realización del sacrificio. El autor urge una buena disposición de ánimo para el sacrificio. El comer del altar sólo da la salud al que lo hace con una entrega confiada a Dios, esto es, apartándose de lo terreno. En cambio, los que comen del altar, pero siguen apegados al mundo y a la ley no sacan provecho alguno de su comida. Símbolo de este apartarse del mundo y de la ley viejotestamentaria, esto es, superación tanto de lo natural como de una vida puramente legal, es el hecho de que Cristo ofreció su sacrificio fuera de la puerta de la ciudad terrena. Sólo el que con El abandona lo terreno y no hace caso a las burlas de los mundanos, podrá tomar parte de una manera llena de sentido, es decir, salvíficamente, en aquel sacrificio que Cristo ha ofrecido fuera de la ciudad. Cfr. J. Betz, *Der Abendmahlskelch im Judentum und Christentum*, en *Festschrift für Karl Adam* (1952), Abhandlungen über Theologie und Kirche, 109-137. P. C. Spicq, *L'épître aux Hébreux*, I (1952); II (1953).

A pesar de lo incomprensible que resulta para el pensamiento natural la celebración de la memoria del sacrificio de la muerte instituida por Cristo, se celebra con alegría y acción de gracias en la época postapostólica. Lo que los tres mil hicieron, al permanecer

fieles en la comunidad de la fracción del pan, fué continuado de generación en nueva generación, y continuará hasta la vuelta del Señor.

VII. *El testimonio de los Padres*

Algunos testimonios de la *Patrística* pondrán de manifiesto este acontecimiento central en el misterio de la Iglesia.

En la *Doctrina de los doce Apóstoles* o *Didaché*, cuya composición data de finales del siglo I y que puede considerarse como la más antigua ordenación eclesiástica, se recomienda a los creyentes a tomar parte en la celebración del sacrificio eucarístico: "En los domingos del Señor reuníos y partid el pan, y haced gracias, confesando antes vuestros pecados para que vuestro sacrificio sea puro. El que tenga algún disgusto con su amigo, no asista a vuestra reunión hasta haberse reconciliado, a fin de que no se contamine vuestro sacrificio. Pues esto es lo que dijo el Señor: "En todo lugar ofrézcaseme sacrificio limpio, porque soy yo rey grande, dice el Señor, y mi nombre es admirable en las naciones" (cap. 14). Se discute si también los capítulos noveno y décimo contienen referencias al sacrificio eucarístico. El pasaje en cuestión dice así: "Acerca de la Eucaristía, haréis las gracias de esta manera: Primero, sobre el cáliz: "Gracias te hacemos, Padre nuestro, por la santa viña de tu hijo David, que nos has revelado por Jesús, tu Hijo. Gloria a Ti por los siglos." Sobre la fracción del pan: "Gracias te hacemos, Padre nuestro, por la vida y la ciencia que nos revelaste por tu Hijo Jesús. A Ti la honra por los siglos." Como este pan partido estaba antes disperso por los montes, y recogido se ha hecho uno, así se recoja tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la honra y el poder por Jesucristo en los siglos. Pero que nadie coma ni beba de vuestra Eucaristía sin estar bautizado en el nombre de Jesús, pues de esto dijo el Señor: "No deis lo santo a los perros." Y después de que os hayáis saciado dad así las gracias: "Gracias te damos, Padre santo, por tu santo nombre, que hiciste que habitara en nuestros corazones, y por la ciencia y la fe y la inmortalidad, que nos manifestaste por Jesús, tu Hijo. A Ti la gloria por los siglos. Tú, Señor omnipotente, creaste todas las cosas por tu nombre y diste a los hombres manjar y bebida para su disfrute, a fin de que rindan gracias, y a nosotros nos has concedido espiritual alimento y bebida y vida eterna por tu Hijo. Ante todo te hacemos gracias porque eres poderoso. A Ti la honra por los siglos. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para librarla de todo mal y para perfeccionarla en tu caridad. Y recógela de los cuatro vientos ya santificada, en tu reino, que le tienes preparado. Porque tuya es la honra y el poder por los siglos. Venga tu gracia y pase este mundo. Hosanna al hijo de David. Si alguien está santo, acérquese. Si no lo está, arrepíentase. Marán Athá. Amén. A los profetas permitidles dar gracias cuan largas quieran." ¿Hay que entender este texto de la Eucaristía, o de un convite comunitario no eucarístico, o de ambas cosas? Lo más correcto puede que sea la interpretación de que se trata de una celebración eucarística en el marco de un convite. Que se trata de la Eucaristía se sigue del hecho de que el capítulo 14, en donde

se describe la celebración del sacrificio en los domingos del Señor, se hace referencia de una manera clara a los capítulos 9 y 10; es, a saber, a la fracción del pan, que acabamos de mencionar. La misma expresión “fracción del pan” habla en favor de ello. No se habla expresamente de la memoria de la pasión del Señor. Pero esto no es de extrañar, si se piensa que se trata de un manual para los fieles, mientras que la oración eucarística es asunto de los profetas. La última frase acerca de los profetas atestigua indirectamente que se ha hecho memoria de la pasión de Cristo. Lo muestra también una comparación con Justino, *Apología* I, 67, 5. Aquí se dice, además, que los profetas darán gracias lo mejor que puedan. Por su acción de gracias el pan y el vino se hacen cuerpo y sangre de Cristo. Los profetas hacen con su acción de gracias lo que hizo Cristo en la última Cena y que mandó hacer en su memoria.

Justino mártir hace una detallada exposición de la celebración eucarística en su primera *Apología*. En el capítulo 65 dice: “Nosotros, después de haber bautizado al que ha creído y se ha unido a nosotros, lo llevamos a los llamados hermanos, allí donde están reunidos para rezar fervorosamente las oraciones comunes por nosotros mismos, por el que ha sido iluminado y por todos los otros que hay en todas partes, para que seamos dignos de ser hallados perfectos conocedores de la verdad, buenos administradores y cumplidores de los mandamientos con obras, de suerte que consigamos la salvación eterna. Acabadas las preces nos saludamos con el ósculo. Seguidamente se presentan al que preside entre los hermanos pan y una copa de agua y vino. Cuando lo ha recibido alaba y glorifica al Padre de todas las cosas por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo y da gracias largamente, porque por El hemos sido hechos dignos de estas cosas. Habiendo terminado él las oraciones y la acción de gracias, todo el pueblo presente aclama diciendo. “Amén”. Amén significa, en hebreo, así sea. Después de que el que preside ha dado gracias y todo el pueblo ha aclamado, los que entre nosotros se llaman diáconos dan a cada uno de los presentes a participar del pan y del vino y del agua eucaristizados, que también llevan a los ausentes.” Capítulo 66: “Este alimento se llama entre nosotros Eucaristía, del cual a ningún otro es lícito participar, sino al que cree que nuestra doctrina es verdadera, y que ha sido purificado con el bautismo para perdón de pecados y para regeneración, y que vive como Cristo enseñó. Porque estas cosas no las tomamos como pan ordinario ni bebida ordinaria, sino que así como el Verbo de Dios, habiéndose encarnado Jesucristo nuestro Salvador, tuvo carne y sangre para nuestra salvación, así también se nos ha enseñado que el alimento eucaristizado mediante la palabra (verbo) de oración procedente de El (cfr. J. Betz, *Die Eucharistie in der Zeit der griechischen Väter* I, 1, 1955; O. Perler, *Logos und Eucharistie nach Justin I Apol.* c. 66, en “*Divus Thomas*” 18, 1940, 296-316)—alimento del que nuestra sangre y nuestra carne se nutren con arreglo a nuestra transformación—, es la carne y la sangre de aquel Jesús que se encarnó. Pues los Apóstoles, en los comentarios por ellos compuestos, llamados Evangelios, nos transmitieron que así les había sido mandado. Que Jesús, habiendo tomado el pan y dado gracias, dijo: “Haced esto en memoria de Mí; éste es mi cuerpo”; y que habiendo tomado del mismo modo el cáliz y dado gracias, dijo: “Esta es mi sangre”; y que solamente hizo participantes a ellos. Lo cual también en los misterios de Mitra han enseñado a hacerlo los malvados demonios, tomándolo por imi-

tación. Porque sabéis, o podéis saber, que cuando alguno es iniciado en ellos se ofrece pan y un cáliz de agua y se añaden ciertos versos."

Capítulo 67: "Nosotros, por tanto, después de esto recordamos siempre ya para adelante estas cosas entre nosotros; los que tenemos, socorremos a todos los abandonados, y siempre estamos unidos los unos con los otros. Y por todas las cosas de las cuales nos alimentamos bendecimos al Creador de todo, por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo. Y el día llamado del sol se tiene una reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en las ciudades o en los campos y se leen los comentarios de los Apóstoles o las escrituras de los profetas, mientras el tiempo lo permite. Luego, cuando el lector ha acabado, el que preside exhorta e incita de palabra a la imitación de estas cosas excelsas. Después nos levantamos todos a una y recitamos oraciones; y, como antes dijimos, cuando hemos terminado de orar se presenta pan y vino y agua y el que preside eleva, según el poder que en él hay, oraciones, e igualmente acciones de gracias y el pueblo aclama diciendo el amén. Y se hace participante a cada uno de las cosas eucaristizadas y a los ausentes se les envía por medio de los diáconos. Los ricos que quieren, cada uno según su voluntad, dan lo que les parece, y lo que se reúne se pone a disposición del que preside y él socorre a los huérfanos y a las viudas y a los que por enfermedad o por cualquier otra causa se hallan abandonados, y a los encarcelados, y a los peregrinos, y, en una palabra, él cuida de cuantos padecen necesidad. Y nos reunimos todos el día del sol, puesto que es el día primero en el cual Dios, cambiando las tinieblas y la materia, creó el mundo, y Jesucristo, nuestro Salvador, en el mismo día resucitó de entre los muertos." Aún con mayor claridad habla San Justino en su *Diálogo contra el judío Trifón*. En el capítulo 41, 1-3 se dice: "La oblación de la harina de trigo, prescrita para los que quedaban limpios de la lepra, era figura del pan de la Eucaristía, que nuestro Señor Jesucristo mandó se hiciese en memoria de la pasión sufrida en favor de los que son purificados en las almas de toda maldad humana, para que al mismo tiempo diésemos gracias a Dios no sólo porque creó el mundo y todo cuanto en él hay por el hombre, sino también porque nos libró de la iniquidad en que estábamos y destruyó enteramente a los principados y potestades por medio de aquel que por la voluntad se hizo posible." Cita a continuación la profecía de *Malacías* 1, 10-12 y prosigue: "Ya entonces predice acerca de los sacrificios que en todo lugar le son ofrecidos a El por nosotros los gentiles, esto es, el pan de la Eucaristía y el cáliz igualmente de la Eucaristía." Parecidamente se expresa en el capítulo 117, 1-3.

San Ireneo escribe en su obra *Contra las herejías* (lib. 4, cap. 17, sec. 5): "Pero dando también a sus discípulos el consejo de ofrecer las primicias de sus criaturas a Dios, no como si las necesitase El, sino para que ellos mismos no sean infructuosos ni ingratos, tomó el pan, que es algo de la creación, y dió gracias diciendo: "Este es mi cuerpo." Y de la misma manera, afirmó que el cáliz, que es de esta nuestra creación terrena, era su sangre; y enseñó la nueva oblación del NT, la cual, recibéndola de los Apóstoles, la Iglesia, ofrece en todo el mundo."

San Gregorio Nacianceno escribe a Anfiloquio (*Carta* 171): "La lengua del sacerdote que piadosamente se ha ocupado con el Señor; levanta a los que yacen enfermos. Cuando, pues, desempeñas las funciones sacerdotales, obra lo que es mejor y libranos del peso de nuestros pecados al tocar la

víctima relacionada con la Resurrección... Pero, oh devotísimo de Dios, no dejes de orar y abogar en favor nuestro cuando atraigas al Verbo con tu palabra, cuando con sección incruenta cortes el cuerpo y la sangre del Señor usando como espada tu voz." Y en otra parte dice: "Conociendo yo esto, y que nadie es digno del gran Dios, del gran sacrificio y del gran pontífice, si antes no se ha ofrecido a sí mismo a Dios como hostia viva, santa, y no se ha manifestado como razonable obsequio, grato a Dios, y no ha ofrecido a Dios un sacrificio de alabanza y un espíritu contrito, que es el único sacrificio que nos pide el que nos ha dado todo, ¿cómo iba yo a atreverme a ofrecerle el sacrificio eterno, anticipo de los grandes misterios, o cómo iba yo a revestirme el hábito y nombre de sacerdote antes de santificar mis manos con buenas obras?" (*Discurso 2, sec. 95*).

Al prefecto de Nacianzo dirige estas palabras: "Te presento a Cristo, el anonadamiento de Cristo por nosotros, la pasión del Impasible, la cruz y los clavos con los cuales yo he sido liberado del pecado; la sangre, la sepultura, la resurrección, la ascensión y también esta mesa a la cual nos acercamos a una; y estos tipos de mi salvación, que yo celebro, con la misma boca con la que te presento estas súplicas, es decir, el misterio sagrado y que nos lleva al cielo" (*Sermón 17, 2*).

San Juan Crisóstomo defiende con particular claridad la doctrina de la memoria del sacrificio eucarístico: "Pues ¿qué, acaso no presentamos oblaciones todos los días? Ciertamente, pero al hacerlo hacemos conmemoración de su muerte, y esta oblación es una, no muchas. ¿Cómo puede ser una y no muchas? Porque fué ofrecida una sola vez, como aquella que se ofrecía en el *Sancta Sanctorum*. Esto es tipo de aquélla, y ésta de aquélla, pues siempre ofrecemos el mismo Cristo, no hoy uno y mañana otro, sino siempre lo mismo. Y por esta razón el sacrificio es siempre uno; de lo contrario, ya que se ofrece en muchas partes, tendría que haber también muchos Cristos. Pero de ningún modo, sino que en todas partes es uno el Cristo, que está entero aquí, y entero allí, un solo cuerpo. Como, pues, Cristo, que se ofrece en muchas partes de la tierra es un solo cuerpo y no muchos cuerpos, así también es uno el sacrificio. Nuestro Pontífice es aquel que ofreció la hostia que nos purifica. Y ahora ofrecemos también aquella misma hostia que entonces fué ofrecida y que jamás se consumirá; esto se hace en memoria de lo que entonces sucedió: "Haced esto—dice—en memoria mía." No hacemos otro sacrificio, como lo hacía entonces el pontífice, sino que siempre ofrecemos el mismo, o mejor, hacemos conmemoración del sacrificio" (*Homilía sobre la carta a los Hebreos, 10; 17, 3*).

San Cirilo de Alejandría dice: "Porque anunciando la muerte según la carne del Hijo unigénito de Dios, esto es, de Jesucristo, y confesando su resurrección de entre los muertos y su ascensión a los cielos, celebramos en la Iglesia el sacrificio incruento y nos acercamos así a las místicas bendiciones y somos santificados por la participación de la sagrada carne y de la preciosa sangre de Cristo, el Salvador de todos nosotros." Y añade en el *Comentario a San Juan* (1, 12): "Pues que la comunión de la mística bendición es una confesión de la resurrección de Cristo, es claro y bien patente, por lo que El dijo cuando por sí mismo celebró la forma del misterio; porque habiendo partido el pan, según está escrito, lo repartió, diciendo: "Este es mi cuerpo, el que por vosotros se entrega ahora, para perdón de pecados; haced esto en memoria mía." La participación de los

santos misterios es una verdadera confesión y memoria de haber el Señor muerto y de haber vuelto a la vida por nosotros."

Teodoreto de Ciro explica que "si, pues, el sacerdocio, según la Ley, llegó a su fin, y el sumo sacerdote, según el orden de Melquisedec, ofreció el sacrificio e hizo que los otros sacrificios no fuesen necesarios, ¿por qué los sacerdotes del NT celebran la mística liturgia? Pero es manifiesto a todos los versados en las cosas divinas que nosotros no ofrecemos otro sacrificio distinto, sino que celebramos la memoria de aquel único y saludable sacrificio. Pues nos lo mandó el mismo Señor: "Haced esto en memoria de Mí"; para que por la contemplación recordemos el tipo de los padecimientos sufridos por nosotros, nos inflamemos en amor al bienhechor y esperamos el disfrutar de los bienes futuros" (*Comentario a la Epístola a los Hebreos* 8, 4. 5; Pg. 82, 736). Comentando la primera carta a los corintios (11, 23-25), dice: "Les recordó (Pablo) aquella sagrada y santísima noche en la cual dió fin a la pascua figurativa, mostró el arquetipo del tipo y abrió las puertas del misterio saludable, no solamente a los once Apóstoles, sino también al traidor, distribuyó su precioso cuerpo y sangre. Y enseña que siempre podemos gozar de los bienes de aquella noche." Y en el versículo 26: "Después de su venida no habrá más necesidad de símbolos del cuerpo, puesto que aparecerá el cuerpo mismo."

Teodoro Mopsuesteno, de Cilicia († 428), explica a los catecúmenos en las homilías catequísticas encontradas por A. Mingana (cfr. A. Rucker, *Ritus baptismi et missae quem descripsit Theodorus ep. Mopsuestenus in sermonibus catecheticis e versione syriaca ab A. Mingana nuper reperta in linguam latinam translatus*, 1933): "Ante todo, pues, es menester conocer esto: que esto de lo que nosotros hacemos nuestro alimento es una clase de sacrificio que nosotros realizamos. En efecto, aun cuando en la comida y en la bebida hagamos memoria de la muerte de nuestro Señor y pensemos que esas cosas son en recuerdo de su pasión..., está bien claro que en la liturgia realizamos como un sacrificio. Ved, en efecto, la obra del Pontífice de la alianza nueva: ofrecer este sacrificio por medio del cual apareció en qué consiste la nueva alianza. Es, pues, evidentemente, un sacrificio, sin que sea algo nuevo ni que sea el suyo propio el que haga el Pontífice, sino que es un memorial de esa verdadera inmolación. Puesto que, en efecto, realizó en figuras las señales de las realidades del cielo, es necesario, en consecuencia, que este sacrificio sea también una manifestación de las mismas; y el Pontífice hace una especie de imagen de la liturgia que tiene lugar en el cielo, ya que no hubiera habido posibilidad de que nosotros fuéramos sacerdotes, los que tuviéramos la imagen de las realidades celestiales..." "Tenemos orden de realizar en este mundo las figuras y los símbolos de estos bienes futuros, para que, como quienes por la liturgia de los sacramentos, en figura, entran a gozar de los bienes celestiales, tengamos posesión y esperanza asegurada de estos bienes esperados. De la misma manera, pues, que el verdadero nacimiento nuevo es el que esperamos por la resurrección, mientras que hay un nacimiento nuevo en figura que nosotros cumplimos en el bautismo, también el alimento verdadero de la inmortalidad es el que esperamos tomar, que, por un don del Espíritu Santo, tendremos verdaderamente entonces, mientras que ahora somos alimentados como en figura de un alimento inmortal que tenemos, ya en figura, ya en gracia a las figuras, por la gracia del Espíritu Santo.

Necesariamente, pues, era preciso también que se cumpliera una cierta imagen del gran sacerdote; por lo cual, hay quienes presiden la liturgia de estas figuras. Pues aquello mismo, creemos, que Cristo nuestro Señor ha cumplido efectivamente y cumplirá, esto mismo, creemos, es lo que cumplen, por los sacramentos, aquellos que la gracia divina ha elegido como sacerdotes de la nueva alianza, por el descenso del Espíritu Santo sobre ellos, con miras a la confirmación y a la seguridad de los hijos del sacramento. Por esto mismo no han sido víctimas nuevas las que inmolvaban, como aquellas que se inmolan en todo tiempo según la Ley. Estos habían recibido orden de ofrecer a Dios víctimas numerosas y variadas: toros, cabras y ovejas, y ofrecían en todo tiempo víctimas nuevas; cuando, en efecto, habían sido inmoladas, muertas y destruidas enteramente las primeras, eran ofrecidas otras siempre, en lugar de las que habían sido ya inmoladas. Por el contrario, todos los sacerdotes de la nueva alianza ofrecen el mismo sacrificio continuamente, en todo lugar y en todo tiempo; porque es único también el sacrificio que fué ofrecido, por todos, de Cristo nuestro Señor, que aceptó la muerte por nosotros y por la oblación de este sacrificio compró para nosotros la perfección, como dice el bienaventurado Pablo: "Por una sola oblación, en efecto—dice él—, ha hecho perfectos para siempre a los que son santificados" (*Hebr.* 10, 14).

Pues nosotros todos, en todo lugar, en todo tiempo, continuamente celebramos el memorial de este mismo sacrificio, porque cada vez que comemos de este pan y bebemos este cáliz hacemos memoria de la muerte de nuestro Señor hasta que venga. Cada vez, pues, que se celebra la liturgia de este temible sacrificio—que manifiestamente es la semejanza de las realidades celestes, que nosotros, al terminar, obtenemos el favor de tomar por el comer y el beber en orden a participar verdaderamente de los bienes futuros—, es preciso que nos representemos en nuestra conciencia, como en fantasmas, que estamos aquí como en el cielo; por la fe esbozamos en nuestra inteligencia la visión de las realidades celestes, considerando que Cristo, que está en el cielo, que murió por nosotros, ha resucitado y subió al cielo, es el mismo, también ahora el inmolado por medio de estas figuras; de modo que considerando por nuestros propios ojos, por la fe de estos recuerdos que ahora se celebran, somos conducidos a ver aún que muere, resucita y sube al cielo, lo cual ya tuvo lugar para nosotros antes.

Y puesto que Cristo nuestro Señor se ha ofrecido El mismo por nosotros en sacrificio y ha llegado a ser para nosotros, efectivamente, un gran Sacerdote, es una imagen de aquel pontífice, lo que es preciso pensemos que representa este que ahora está junto a este altar. No es su propio sacrificio el que ofrece allí, donde no es El ya verdaderamente el gran Sacerdote, sino que, como en una especie de imagen, cumple la liturgia de este sacrificio inefable—imagen por medio de la cual esboza para ti una representación de estas inefables realidades celestes como en fantasmas—y una representación de las potencias inteligibles e incorpóreas. Por haber sido ésta la economía demasiado alta para ser expresada, la cual por nosotros cumplió Cristo nuestro Señor, le sirvieron las potestades invisibles."

Según San Cipriano, la liturgia eucarística es un memorial de la pasión del Señor. "La pasión del Señor es el sacrificio que ofrecemos" (*Carta* 63, n. 17). San Ambrosio nos dice: "Por una muerte fué redimido el mundo... Su muerte es, por tanto, vida para todos. Con su muerte hemos sido se-

llados; anunciamos su muerte cuando oramos, predicamos su muerte cuando ofrecemos; su muerte es victoria, su muerte es misterio, su muerte es la *annua solemnitas mundi*, la solemnidad anual del mundo" (*De la muerte de su hermano Sátiro* 2, 45). Y en la explicación al salmo 38, 25 dice: "Primero precedió la sombra, siguió después la imagen, será por fin la realidad. La sombra estuvo en la Ley, la imagen en el Evangelio y la verdad estará en la vida celestial... Luego las cosas que ahora se verifican en la Iglesia estaban como en sombra en las predicciones de los profetas... Ahora vemos los bienes como en imagen y tenemos los bienes de la imagen misma. Vimos venir a nosotros al Príncipe de los sacerdotes, vimos y le oímos cómo ofrecía su sangre por nosotros; le seguimos en cuanto podemos, los sacerdotes, ofreciendo el sacrificio por el pueblo; aunque débiles por nuestros propios méritos, somos, sin embargo, dignos de honra por el sacrificio; porque si bien ahora Cristo no parece ofrecer, sin embargo, El mismo es ofrecido en la tierra, porque se ofrece el cuerpo de Cristo; más aún, se manifiesta que El mismo ofrece en nosotros, cuya palabra santifica el sacrificio que se ofrece. Y El asiste ahora como abogado nuestro ante el Padre; pero ahora no lo vemos; lo veremos cuando desaparezca la imagen, cuando llegue la realidad..." (*Explicación al salmo* 38, 25). Y en el tratado *Sobre los oficios de los ministros sagrados* añade: "Sombra en la Ley, imagen en el Evangelio, verdad en los cielos. Antes se ofrecía el cordero, también se ofrecía el ternero; ahora se ofrece Cristo, pero se ofrece como hombre, como el que padece; y se ofrece El a Sí mismo como sacerdote para perdonar nuestros pecados: aquí en imagen, allí en verdad, donde como abogado intercede ante el Padre por nosotros" (*De officiis* 1, 238).

San Agustín desarrolla con abundancia este punto. En *De diversis quaestionibus* 83, q. 61, 2 explica que "El mismo es nuestro sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, que se ofreció a sí mismo como holocausto por nuestros pecados y encomendó que se celebrara la semejanza de aquel sacrificio en memoria de su pasión". En su escrito *Contra Fausto, maniqueo* dice: "porque esas mismas cosas fueron figuras nuestras y todas significaron un único sacrificio, cuyo recuerdo celebramos ahora" (*Contra Fausto, maniqueo* 6, 5). San León Magno explica en un sermón sobre la pasión del Señor: "Pero Jesús, firme en su determinación e intrépido en la obra del mandato paterno, ponía fin al AT y creaba la nueva Pascua. Sentados, pues, con El sus discípulos para comer la mística cena, mientras en el atrio de Caifás se maquinaba cómo podría matarse a Cristo, El, disponiendo el sacramento de su cuerpo y sangre, enseñaba cuál era la hostia que debía ofrecerse a Dios" (*Sermo* 58, 3). Máximo de Turín añade: "¿Qué más reverente, qué más honorable puede decirse que descansar bajo el ara en la que se celebra el sacrificio a Dios, en la que se ofrecen hostias, en la que el Señor es el sacerdote, como está escrito: "Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec"? Con razón, pues, los mártires se colocan bajo el ara, porque sobre el ara se pone Cristo. Con razón las almas de los justos descansan bajo el altar, porque sobre el altar se ofrece el cuerpo del Señor. Ni sin causa se exige allí por los justos la venganza de la sangre, donde la sangre de Cristo también se derrama por los pecadores. Por lo tanto, adecuadamente y como por cierta afinidad, se decretó la sepultura para los mártires allí donde la muerte del Señor se celebra todos los días, como El mismo dice: "Cuántas

veces hiciereis esto anunciaréis mi muerte hasta que venga." A saber, para que los que muriesen por causa de su muerte descansan con el misterio de su sacramento. No sin causa digo que ha sido erigido el túmulo del mártir como por cierta afinidad allí donde se colocan los miembros de la muerte del Señor, para que también uniese la santidad del lugar a los que había unido con Cristo la causa de una única pasión. Leemos que la mayor parte de los justos gozan en el seno de Abraham, que algunos se alegran con la amenidad del paraíso; nadie, sin embargo, mereció más que los mártires, esto es, descansar donde Cristo es víctima y sacerdote. A saber: que por la oblación de la hostia consigan propiciación y reciban la bendición y todo el fruto de la celebración sacerdotal" (*Sermón 78*). En un sermón atribuido a Fausto de Riez se dice que "Tomó, pues, la materia de nuestra mortalidad, para que, informada de su inmortalidad, pudiera morir la vida por los muertos. Y porque el cuerpo ascendido iba a ser apartado de nuestros ojos y llevado a las estrellas, era necesario, si había de ser adorado constantemente, que nos consagrarse en este día el sacramento de su cuerpo y sangre y que por razón hiciera esto valiéndose del misterio por el que una vez era ofrecido como precio; para que, ya que la redención corría cada día y sin cesar por la salvación de los hombres, fuera perpetua también la oblación de la redención y aquella víctima perenne estuviera siempre viva en el recuerdo y siempre presente como gracia" (*De corpore et sanguine Christi*, homilía 1-2). San Gregorio Magno dice: "Pues la hostia del sagrado altar, ofrecida con lágrimas y mente piadosa en orden a nuestra absolución, nos sirve de apoyo en un modo singular; porque Aquel que al resucitar en su persona de entre los muertos ya no muere, aún padece de nuevo por nosotros en su misterio mediante esta hostia. Porque cuantas veces le ofrecemos la hostia de su pasión, tantas rehacemos su pasión en nuestro provecho en orden a nuestra absolución" (*Homilia in Evangelium 37, 7*). Los textos citados aquí han sido tomados, en su mayoría, de la obra de J. Solano, S. J., *Textos eucarísticos primitivos*, 2 vols., Madrid, 1954. En la edición original lo fueron de O. Casel, *Das Mysteriengedaechtnis der Messliturgie im Lichte der Tradition*, en "Jahrbuch fuer Liturgiewissenschaft" 6 (1926), 113-204. Otros textos se encontrarán fácilmente en L. von Rudloff, *Das Zeugnis der Vaeter*, 1937, 305-342, y en Rouët de Journel, *Enchiridion patristicum*.

Aunque entre los Padres se llame a menudo *sacrificio espiritual* a la Eucaristía, no por ello se pone en peligro su realidad. La expresión no significa que se ofrezcan sacrificios puramente espirituales de obediencia y dominio de sí mismo diferentes del sacrificio sensible de la pasión del Señor, sino que se ofrece un sacrificio configurado y santificado por el Espíritu Santo, que hace partícipe al hombre del culto celestial que ofrece Cristo al Padre. En ello está incluido el que el oferente no ofrece un don sacrificial puramente objetivo, sino que realiza su acción con fe. Lo cual a su vez significa que se incorpora a la acción sacrificial de Cristo y a su manera de sentir al hacerlo. Esto acontece en la comunidad del Espíritu Santo. Cfr. la citada obra de O. Casel, pág. 250.

VIII. *Delimitación frente a celebraciones no cristianas*

La conmemoración de su sacrificio de muerte, introducida por Cristo, *es distinta esencialmente de todas las celebraciones religiosas judaicas y paganas*. No puede, por consiguiente, hacerse derivar de ellas. La diferencia entre el sacrificio eucarístico y las ceremonias judías ya fué puesta de relieve.

Por lo que se refiere a la relación del sacrificio convite eucarístico y de las celebraciones paganas, sobre todo helenísticas, hay que decir que los representantes liberales de la historia de las religiones pretenden explicar el sacrificio eucarístico partiendo del paganismo. (Se hablará al tratar del convite eucarístico acerca del intento de demostrar que el convite eucarístico está tomado del paganismo. Aquí hablaremos solamente en general de la relación de la Eucaristía para con el paganismo.) *A priori* fracasa el intento de una tal derivación, debido a que la revelación del movimiento salvífico que procede del corazón paternal de Dios y que encuentra su culminación en la muerte del Hijo, no tiene correspondencia alguna en el mundo antiguo. Cfr. § 139. Y puesto que según la Escritura esta muerte sacrificio se actualiza en la Eucaristía, resulta imposible una imitación tomada del paganismo. Lo que el paganismo no tiene, no puede ser plagiado de él.

K. Prümm cita una diferencia todavía más importante entre la celebración eucarística y los cultos vitales religiosos del Oriente. Los cultos de misterios se celebraban anualmente. Esto estaba muy en orden, ya que no eran otra cosa más que el recorrido del círculo anual de la naturaleza. La Eucaristía no es la celebración del curso de la naturaleza, sino de la muerte histórica de Cristo. De aquí que la frecuencia de su repetición no dependa del curso de la naturaleza. Ya desde los tiempos apostólicos se celebra por lo menos todos los domingos. Cfr. K. Prümm, *Der christliche Glaube und die altheidnische Welt*, 1935. A. Arnold, *Der Ursprung des christlichen Abendmahles*, 1937.